SAGRADA BIBLIA

Judit

Libro completo

«Tú eres la gloria de Jerusalén»

EDICIÓN DE ESTUDIO

Texto de Félix Torres Amat, con notas que se abren al tocar el número: palabras, contexto, fe y conexiones bíblicas. Con pausas para meditar y escribir.

Índice

Cómo usar esta edición 5

Antes de empezar 8

Veintidós palabras griegas 15

El libro de Judit en la liturgia 17

1 Arfaxad y Nabucodonosor 19

2 La campaña de Holofernes 28

3 Los pueblos se rinden 33

4 Israel se prepara y ora 37

5 Aquior cuenta la historia de Israel 42

6 Aquior, entregado a Betulia 52

7 El asedio de Betulia 57

8 Judit 66

9 La oración de Judit 76

10 Judit en el campamento asirio 85

11 Las palabras de Judit 92

12 Tres noches de oración y un banquete 101

13 La cabeza de Holofernes 106

14 El campamento sin cabeza 116

15 «Tú eres la gloria de Jerusalén» 121

16 El cántico de Judit 130

PARA PROFUNDIZAR

1 «Nabucodonosor, rey de los asirios»: historia, relato y verdad 24

5 ¿Quién es Dios? Aquior ante Holofernes 48

7 «Cinco días»: la sed de Betulia y el plazo puesto a Dios 62

8 Judit, la viuda que enseña a esperar 72

9 La oración de Judit: «Dios de los humildes» 81

10 Hermosura y castidad: el arma de Judit 88

11 ¿Mintió Judit? La verdad, la astucia y la guerra 97

13 La cabeza de Holofernes: la violencia, la liberación y la mano de una mujer 112

15 «Tú eres la gloria de Jerusalén»: Judit, figura de María 126

16 El cántico de Judit: el Señor que quebranta las guerras 135

CUADROS

1 El libro y la historia 22

1 La numeración de Judit: esta edición y las Biblias modernas 23

2 La Vulgata y el griego: dos formas de un libro 31

5 La historia de Israel según Aquior 47

7 Los días de Betulia 62

8 Mujeres que salvaron a su pueblo 71

9 Las oraciones del libro de Judit 80

11 Las palabras de Judit: lo que oye Holofernes y lo que sabe el lector 96

13 Cabezas cortadas: trofeos de victoria en la Biblia 111

15 Judit y María 125

16 Los cánticos de victoria de la Biblia 135

Repaso 139

Notas personales 144

Sobre esta edición 145

Cómo usar esta edición

Este archivo está pensado para leerse en un lector de tinta electrónica, con el dedo o con el lápiz.

Las notas se abren al tocarlas

Dentro del texto bíblico verás pequeños números en un recuadro gris, como este: 3. Cada uno es una nota guardada como comentario del PDF. Al tocar el número, la nota se abre en una ventana y no tienes que ir al final del libro.

Cada nota lleva arriba un título con su número, la cita y su tipo, por ejemplo «3 · Jdt 1,2 · Palabra». Hay cuatro tipos:

Palabra	Qué significa una palabra hebrea o latina, o una palabra del español antiguo de esta traducción.
Contexto	Historia, arqueología, geografía y lo que contaban los pueblos vecinos de Israel.
Fe	Lo que enseña la Iglesia: el Catecismo, los Padres, los papas y la liturgia.
Conexión	Cómo resuena el pasaje en el resto de la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento.

Los números pequeños en negrita, sin recuadro, son los versículos.

Para detenerse

Al final de cada capítulo hay una **Pausa**: dos o tres preguntas, una oración breve y líneas para escribir con el lápiz. Muchos capítulos tienen además un recuadro **¿Sabías que?**, y hay cuadros de apoyo, como el libro y la historia, la numeración de las Biblias modernas, la Vulgata y el griego, la historia de Israel según Aquior, los días de Betulia, las oraciones del libro, las palabras de doble sentido de Judit, Judit y María o los cánticos de victoria de la Biblia. Algunos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre una gran cuestión del libro. Al final encontrarás un repaso con preguntas cuyas respuestas también se esconden en notas.

Un modo de leer

Lee primero el capítulo de corrido, sin abrir las notas, para escuchar la historia entera. Después reléelo despacio, tocando las notas que te llamen la atención; si hay un ensayo, léelo entonces. Termina con la Pausa. Es una forma sencilla de la *lectio divina*, la lectura orante que la Iglesia recomienda: leer, meditar, orar, contemplar y llevar la Palabra a la vida (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 87).

El índice y los marcadores del PDF son tocables; el índice incluye también la lista de ensayos y de cuadros. Si alguna nota no se abre en tu lector, mira la última página.

Antes de empezar

Una viuda contra un imperio

El libro de Judit es el decimoctavo de la Biblia en el orden de las Biblias católicas, entre Tobías y Ester. Lleva el nombre de su heroína: en hebreo, *Yehudit*, «la judía», femenino de *yehudí*, «judío», que deriva de *Yehudá*, Judá, el nombre del pueblo entero; en griego, *Iudith*. Es uno de los libros del Antiguo Testamento que la Iglesia católica recibe en su canon y que no están en la Biblia hebrea: los llamados deuterocanónicos.

Cuenta una guerra desigual. Nabucodonosor, «rey de los asirios», envía a su general Holofernes a someter a los pueblos de occidente. Las ciudades se rinden, y Holofernes destruye sus dioses por orden del rey, «con el fin de que él solo fuese tenido por dios» (3,13). Solo Israel guarda los pasos de los montes y se pone a orar. Aquior, jefe de los amonitas, advierte a Holofernes que a ese pueblo lo defiende su Dios, y en castigo es entregado a Betulia, la ciudad que los asirios sitian cortándole el agua. Cuando los sitiados, muertos de sed, dan a Dios un plazo de cinco días, aparece Judit, una viuda hermosa y temerosa de Dios. Ora, se adorna, pasa con su criada al campamento enemigo, se gana la confianza de Holofernes y, mientras él duerme borracho, le corta la cabeza con su propia espada. El ejército

asirio huye, y Judit canta al Señor, «el que derrota los ejércitos» (16,3).

LA AMENAZA	
1 – 2	Nabucodonosor vence a Arfaxad; la campaña de Holofernes
3	Los pueblos se rinden; sus dioses, destruidos
4	Israel guarda los pasos de los montes y clama al Señor
5 – 6	Aquior cuenta la historia de Israel y es entregado a Betulia
7	El asedio: el agua cortada y el plazo de cinco días

LA LIBERACIÓN	
8	Judit, viuda de Manasés, reprende a los ancianos
9	La oración de Judit
10 – 12	En el campamento asirio; el banquete de Holofernes
13	La cabeza de Holofernes; la bendición de Ozías
14 – 15	La huida de los asirios; la alabanza del sumo sacerdote
16	El cántico de Judit; su vida y su muerte

Las dos mitades se responden: en la primera la amenaza crece y Dios calla; en la segunda, una mujer sin armas lo

cambia todo. Debajo late una pregunta: ¿quién es Dios? Holofernes la contesta a su modo: «no hay otro dios fuera de Nabucodonosor» (6,2). El libro responde con el cántico final y con la conversión del amonita Aquior (14,6).

Un libro de la Biblia griega

No se conserva el original, ni ha aparecido hasta hoy ningún fragmento del libro entre los manuscritos del mar Muerto. Nos ha llegado en griego, que según la mayoría de los estudiosos traduce un original hebreo. San Jerónimo lo vertió al latín desde un texto arameo, «caldeo»: según su prólogo, le dedicó una sola velada, tradujo «más sentido por sentido que palabra por palabra» y recortó las variantes de sus manuscritos. Su Vulgata, la que traduce Torres Amat, es más breve que el griego, cambia fechas y cifras y tiene pasajes propios, como la belleza que Dios añadió a Judit (10,4).

Jerónimo anota que los judíos lo leían entre los libros apócrifos, y que lo tradujo porque se decía que el concilio de Nicea lo había contado entre las Sagradas Escrituras. Ya hacia el año 96 el papa san Clemente de Roma recordaba a «la bienaventurada Judit», que se expuso al peligro por amor a su patria y a su pueblo sitiado (1 Clem 55), y Orígenes escribía que los judíos no usan Tobías ni Judit, aunque las Iglesias usan Tobías (Carta a Africano, 13). Tras siglos

de dudas en algunos Padres, el concilio de Trento lo contó entre los libros sagrados, «Tobías, Judit, Ester», como el Catecismo (n. 120).

¿Historia o relato?

El libro desconcierta a quien conoce la historia antigua. Nabucodonosor no reinó en Nínive: fue rey de Babilonia entre el 605 y el 562 a. C., y Nínive había sido destruida en el 612. Los judíos del libro han vuelto hace poco del destierro (5,23), no tienen rey y los gobiernan el sumo sacerdote y los ancianos (4,5; 15,9), como en la época persa y griega; Holofernes y Vagao, su eunuco, llevan nombres persas, y nadie ha localizado Betulia con seguridad. Torres Amat, como los comentaristas de su tiempo, lo concordaba todo: ponía la historia hacia el 657 a. C., bajo el rey Manasés, porque «hubo muchos reyes en Asiria del nombre de Nabucodonosor».

Hoy muchos estudiosos, también católicos, piensan que el libro se escribió en Palestina hacia el siglo II a. C., en tiempos de los Macabeos, como un relato didáctico que funde en un solo enemigo a los grandes opresores de Israel. San Juan Pablo II lo dijo con prudencia: el autor sagrado «reconstruye ese evento varios siglos después» para dar a sus hermanos en la fe, tentados por el desaliento, «un ejemplo que los animara» (audiencia del 29 de agosto de 2001). La

Iglesia pide leer cada libro según su género literario (*Dei Verbum*, n. 12; Catecismo, n. 110), y la Comisión Bíblica ha escrito de Tobías y de Jonás que no relatan hechos realmente ocurridos y que, aun así, están llenos de «significado edificante, didáctico y teológico» (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 135). Sobre el fondo histórico de Judit la discusión sigue abierta; su enseñanza no depende de ella.

Cómo leerlo

Es un libro de oración: oran el pueblo y los sacerdotes, que cubren de cilicio hasta el altar (4,8-17), la asamblea de Betulia (6,14-21; 7,18-21) y Judit antes de salir (cap. 9) y en el momento de golpear (13,6-9). Es un libro sobre la prueba de la fe: «Vosotros habéis fijado plazo a la misericordia del Señor», reprocha Judit a los ancianos (8,13), y el papa Francisco comentaba: «no pongamos nunca condiciones a Dios» (audiencia del 25 de enero de 2017). Y es un libro sobre el poder: ningún imperio ocupa el lugar de Dios, que desbarata los ejércitos (9,10) y escucha «la oración de los humildes y mansos» (9,16).

Los Padres admiraron a Judit. San Ambrosio alabó el valor y la sobriedad de una viuda; san Jerónimo vio en ella cómo «la castidad decapita a la lujuria» y una figura de la Iglesia que corta la cabeza del diablo (*Cartas* 54 y 79). Sobre

todo, la tradición ve en ella una figura de María. Ozías la bendice «sobre todas las mujeres de la tierra» (13,23), como Isabel a María (Lc 1,42), y la liturgia canta de la Virgen el elogio de 15,10: «Tú eres la gloria de Jerusalén». El Catecismo la nombra entre las santas mujeres que prepararon la misión de María (nn. 64 y 489).

Hay páginas difíciles. Judit engaña a los centinelas asirios y a Holofernes con palabras de doble sentido o falsas (10,12-13; 11,4-17), se sirve de su belleza y mata a un hombre dormido; su oración elogia la venganza de Simeón en Siquem (9,2-3), que Jacob había maldecido (Gn 49,5-7), y su cántico termina con fuego y gusanos para los enemigos (16,21). Torres Amat admitía en sus notas que, «tomadas a la letra», parece que sus palabras no pueden excusarse «de ficción o mentira»; santo Tomás explica que Judit es alabada no por mentir, sino por su deseo de salvar al pueblo (*Suma teológica* II-II, q. 110, a. 3), y el Catecismo enseña que la mentira nunca es lícita y que el fin no justifica los medios (nn. 2482-2486 y 1753). Las notas y los ensayos dicen lo que el texto dice y lo leen a la luz de toda la Escritura, que contiene «elementos imperfectos y pasajeros» (Catecismo, n. 122).

Sobre esta traducción

Torres Amat sigue la Vulgata y aclara palabras con glosas unidas por «o», que en 1824 imprimió en cursiva: «Eliaquim o Joacim» (4,5), «cortinaje o mosquitero» (13,19), «tabernáculos o posteridad de Jacob» (13,31). Donde la Vulgata dice que el nombre de Dios es «Señor», añadió «esto es, Jehovah» (9,10; en 16,3, solo «Jehovah»); el texto revisado que reproducimos dice «Yahvé». En dos notas largas discute si Judit mintió (10,12 y 11,11).

La numeración es la de la Vulgata y difiere mucho de la de las Biblias modernas, que traducen el griego: el cuadro del capítulo 1 da las correspondencias. La transcripción digital había perdido o cambiado palabras, como la noche que el pueblo pasó en oración «dentro de la iglesia», es decir, de la asamblea (6,21), o «lo que he pensado», que decía «lo que ha pensado» (12,4); se han recuperado de la edición de 1824.

Algunos capítulos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre las grandes cuestiones del libro: la historia y el relato, Aquior y el Dios verdadero, el plazo puesto a Dios, la oración de Judit, su belleza, la mentira, la cabeza de Holofernes, Judit como figura de María o su cántico. Todos aparecen en el índice.

Veintidós palabras griegas

Las palabras clave de Judit en griego, la lengua en que nos ha llegado el libro. Las citas son de esta edición; las Biblias modernas numeran a veces de otro modo.

Ἰουδίθ	**Iudith** · Judit, «la judía», del hebreo *Yehudit* 8,1
Ὀλοφέρνης	**Olofernes** · Holofernes, nombre de origen persa 2,4
Βαγώας	**Bagoas** · el eunuco de Holofernes; en la Vulgata, Vagao 12,10
Βαιτυλουά	**Baityluá** · Betulia, ciudad que nadie ha localizado con certeza 6,7
Ἀχιώρ	**Ajior** · Aquior, el jefe amonita que cuenta la historia de Israel 5,5
γερουσία	**gerusía** · el consejo de los ancianos de Israel 15,9
ἐκκλησία	**ekklesía** · asamblea; en la Vulgata, *ecclesia*: «dentro de la iglesia» 6,21
σάκκος	**sakkos** · saco, cilicio, vestido de penitencia 4,9.16; 9,1
χήρα	**jéra** · viuda 9,3
ἄβρα	**habra** · la doncella de confianza de Judit 8,32; 10,2
πειράζω	**peirazo** · tentar, poner a prueba 8,11.21
ταπεινός	**tapeinós** · humilde; «tú eres el Dios de los humildes» 9,16

συντρίβων πολέμους	**syntríbon polémus** · «que quebranta las guerras», como en el griego de Éx 15,3 9,10; 16,3
παντοκράτωρ	**pantokrátor** · todopoderoso 16,7.20
κάλλος	**kallos** · belleza 10,7.14; 16,11
ἀπάτη	**apáte** · engaño, seducción 9,13; 16,10
ἐν χειρὶ θηλείας	**en jeirí theleías** · «por mano de una mujer» 9,15; 13,19; 16,7
κωνωπεῖον	**konopeíon** · mosquitero, dosel; de ahí el latín *conopeum* 10,19; 13,19
ἀκινάκης	**akinákes** · espada corta persa, la de Holofernes 13,8; 16,11
εὐλογητὴ σύ	**eulogeté sy** · «bendita tú» 13,23
καύχημα	**kaújema** · orgullo, honra: «tú, la honra de nuestra nación» 15,10
ὕμνος καινός	**hymnos kainós** · himno nuevo 16,15

El libro de Judit en la liturgia

La misa no lee este libro ningún domingo ni ningún día de la semana; la Iglesia lo reza sobre todo en el cántico de Laudes y en las fiestas de la Virgen.

En la Liturgia de las Horas

Celebración	Texto
Laudes del miércoles de la 1.ª semana del salterio	El cántico de Judit, que alaba al Dios creador y protector de su pueblo: unos versículos del capítulo 16 (aquí 16,2-4 y 16,15-19)
Inmaculada Concepción (8 de diciembre), Vísperas	La antífona del segundo salmo toma el elogio de 15,10: «Tú eres la gloria de Jerusalén…»
Inmaculada Concepción, Laudes	Una antífona bendice a la Virgen «sobre todas las mujeres de la tierra», con las palabras de Ozías (13,23)
Oficio de lectura	El ciclo anual no lee el libro; algunos responsorios toman versos suyos, como el del domingo 23.º del tiempo ordinario (8,23)

En la misa y en los documentos de la Iglesia

Dónde	Qué
Fiestas de la Virgen (Leccionario de los Estados Unidos): Nuestra Señora de Lourdes, de Guadalupe, Dedicación de Santa María la Mayor, María Madre de la Iglesia, común de la Virgen	Salmo responsorial tomado de la bendición de Ozías (Jdt 13,18-19; aquí 13,23-25), con un estribillo tomado del elogio de 15,9 (aquí 15,10), que la llama la honra más alta de nuestra raza
Común de santos y santas, para las viudas (mismo Leccionario)	Jdt 8,2-8: Judit, viuda, «muy temerosa de Dios»
Catecismo, n. 2585	La oración de Judit (9,2-19), entre los textos de oración del Antiguo Testamento
Catecismo, nn. 64 y 489	Judit, entre las santas mujeres que mantuvieron viva la esperanza de Israel y prepararon la misión de María
Juan Pablo II, audiencia del 29 de agosto de 2001	Catequesis sobre el cántico de Judit: el Señor «quebrantador de guerras»; Judit, figura de María
Francisco, audiencia del 25 de enero de 2017	Judit, maestra de esperanza: «no pongamos nunca condiciones a Dios»

El Leccionario y la Liturgia de las Horas siguen la numeración griega, la de las Biblias modernas; donde difiere de la de esta edición, se indica la de esta edición.

1

Arfaxad y Nabucodonosor

El libro empieza como una crónica de reyes. Arfaxad, rey de los medos, fortifica Ecbatana y se cree invencible (vv. 1-4); Nabucodonosor, «rey de los asirios», lo vence (vv. 5-6), se enorgullece y envía embajadores a todos los pueblos de occidente, de Cilicia a Etiopía, que lo desprecian (vv. 7-11); el rey jura vengarse (v. 12). Todo suena a historia, pero los datos no encajan con lo que sabemos de aquellos imperios: es la primera señal de que el libro cuenta una historia ejemplar. El tema queda planteado desde la primera página: un poder que se cree dueño del mundo.

Arfaxad y las murallas de Ecbatana

1 Arfaxad, pues [1], rey de los medos, había sujetado a su imperio muchas naciones; y edificó una ciudad sumamente
fuerte, que llamó Ecbatana [2]; 2 cuyos muros construyó de
piedras labradas a escuadra, los cuales tenían setenta codos de anchura y treinta de altura [3]; y levantó sus torres
hasta cien codos de elevación. 3 Eran éstas cuadradas, y tenía cada lado la extensión de veinte pies [4]; e hizo sus
puertas a proporción de la altura de las torres. 4 Después de esto se jactaba de su poder [5] por la fuerza de sus ejércitos y por sus famosos carros de guerra.

La victoria de Nabucodonosor

5 Pero Nabucodonosor, rey de los asirios [6], que reinaba en
la gran ciudad de Nínive, el año duodécimo de su
reinado [7] entró en batalla contra Arfaxad, y lo venció 6 en
la espaciosa llanura, llamada Ragau [8], cerca del Eufrates,
y del Tigris, y de Jadasón, en tierras de Erioc, rey de los
elicos [9].

Las embajadas despreciadas

7 Entonces adquirió gran pujanza el reino de Nabucodono-
sor; y se enorgulleció su corazón [10], y despachó mensaje-
ros a todos los habitantes de la Cilicia [11], de Damasco, y del
Líbano, 8 y a los pueblos que están en el Carmelo, y en Ce-
dar, y a los moradores de la Galilea en la vasta campiña de
Esdrelón [12], 9 y a todos los de Samaria, y de la otra parte
del Jordán, hasta Jerusalén, y a toda la tierra de Jesé [13]
hasta tocar los términos de la Etiopía.

10 A todos éstos envió embajadores Nabucodonosor, rey de
los asirios. 11 Mas todos de común acuerdo se negaron a lo
que les pedía, remitieron los enviados con las manos
vacías [14], y los echaron de sí con desprecio. 12 Indignado
con esto el rey Nabucodonosor contra todas aquellas na-
ciones, juró por su trono y por su reino [15] que se había de
vengar de todas ellas.

¿Sabías que?

Heródoto, el historiador griego del siglo V a. C., describe Ecbatana como una fortaleza de siete murallas concéntricas, levantada sobre una colina de modo que cada círculo sobresalía del anterior por la altura de sus almenas. Las almenas del primer muro eran blancas; las del segundo, negras; las del tercero, carmesí; las del cuarto, azules; las del quinto, rojizas; las del sexto estaban cubiertas de plata y las del séptimo, de oro. Dentro estaban el palacio y el tesoro (Historias I,98). Según él, la fundó Deyoces, padre de Fraortes, no un rey llamado Arfaxad. Ecbatana es hoy Hamadán, en Irán, donde una antigua tradición local venera un mausoleo como la tumba de Ester y Mardoqueo.

El libro y la historia

En el libro	En la historia	Qué sugiere
Nabucodonosor, «rey de los asirios», en Nínive (1,5)	Fue rey de Babilonia (605 – 562 a. C.); Nínive había caído en el 612	Un solo nombre para los enemigos de Israel
Arfaxad, rey de los medos (1,1)	Desconocido; Ecbatana la fundó Deyoces (Heródoto I,98)	Torres Amat: Fraortes
Han vuelto del destierro (5,23)	Desde el 538 a. C.; el templo se reconstruye hacia el 515	Después del destierro
Sumo sacerdote y ancianos, sin rey (4,5; 15,9)	Así se gobernó Judea en la época persa y en la griega	Ídem
Holofernes y Vagao (2,4; 12,10)	Nombres persas	Colorido persa
Apamea (3,14)	Fundada hacia el 300 a. C. por Seleuco I	Época griega
Escitópolis (3,10 del griego)	Nombre griego de Bet-Seán (2 Mac 12,29)	Época griega
Betulia (6,7)	No se ha localizado	¿Un nombre simbólico? *Betulá* es «virgen»
Nota de 1824: «antes de Jesucristo 657»	Reinado de Manasés (2 Cr 33,11)	La fecha de Torres Amat

Torres Amat concordaba estos datos porque «hubo muchos reyes en Asiria del nombre de Nabucodonosor»; muchos estudiosos de hoy ven en ellos las señales de un relato didáctico. La Iglesia pide atender al género literario (*Dei Verbum*, n. 12). Ver el ensayo de este capítulo.

La numeración de Judit: esta edición y las Biblias modernas

Esta edición	Biblias modernas (griego)	Contenido
1,1-12	1,1-12 (y 1,13-16)	La guerra contra Arfaxad; en el griego, su muerte y el banquete
2,1-18	2,1-28	El consejo de Nabucodonosor y la marcha de Holofernes
4,5-6	4,6-7	Los pasos de los montes (en otras ediciones de la Vulgata, 4,5)
7,11	7,20-21	Veinte días de asedio (en el griego, treinta y cuatro)
7,19-22	—	La confesión del pueblo
9,2-19	9,2-14	La oración de Judit
10,4	—	La belleza que Dios añade a Judit
13,23-25	13,18-20	«Bendita eres…»: la bendición de Ozías
13,27-31; 14,6	14,5-10	El homenaje y la conversión de Aquior
15,10	15,9	«Tú eres la gloria de Jerusalén»
15,11	— (cf. 15,10)	El elogio de la castidad de Judit
16,2-21	16,1-17	El cántico de Judit
16,31	—	La fiesta de la victoria

Esta edición sigue la Vulgata (346 versículos); las Biblias modernas, la Neovulgata, el Leccionario y la Liturgia de las Horas siguen el griego (340), con otra división y otros pasajes. Las correspondencias son aproximadas. Los números que la transcripción digital reservaba para versículos del griego sin equivalente en la Vulgata (1,13-16; 2,19-28; 7,26-32; 8,35-36; 10,21-23; 11,22-23; 14,19) están vacíos y no se imprimen.

PARA PROFUNDIZAR

«*Nabucodonosor, rey de los asirios*»: *historia, relato y verdad*

Desde su primera línea, el libro de Judit desconcierta a quien conoce la historia antigua. Nabucodonosor II fue rey de Babilonia entre el 605 y el 562 a. C.; Nínive, la capital de Asiria, había caído en el 612 ante medos y babilonios. Llamarlo «rey de los asirios, que reinaba en la gran ciudad de Nínive» (1,5) era, para un lector judío, juntar en una frase a los dos imperios que habían destruido a su pueblo: Asiria, que deportó a Israel del norte, y Babilonia, que incendió el templo. Y las señales siguen. Nadie conoce a un rey medo llamado Arfaxad. Los judíos del libro han vuelto hace poco del destierro y tienen su santuario en pie (5,23). No tienen rey: los gobiernan un sumo sacerdote y un consejo de ancianos (4,5; 15,9), como en la época persa y griega. Holofernes y Vagao llevan nombres persas; Apamea, en la Vulgata (3,14), y Escitópolis, en el griego (3,10), son nombres de época griega. Betulia no se ha podido localizar.

Durante siglos, los cristianos lo leyeron como una crónica, y los comentaristas se esforzaron por concordar sus datos. Torres Amat lo explica en su advertencia: los nombres pudieron alterarse al copiarse, ignoramos mucho de aquellos tiempos, y «hubo muchos reyes en Asiria del nombre de Nabucodonosor». Él situaba la historia en el año décimo de Manasés, rey de Judá, al que los generales de un rey asirio llevaron preso (2 Cr 33,11); ese rey sería «Saosduquín, nieto de Senaquerib», y Arfaxad sería Fraortes, el rey medo que según Heródoto murió atacando Nínive.

Otros autores católicos pensaron en Asurbanipal. La Enciclopedia Católica de 1910 recogía dos posturas: la de quienes concordaban todas las dificultades y la de unos pocos que veían en el libro el recuerdo de una heroína real, puesto por escrito mucho después de los hechos.

Hoy muchos estudiosos, también católicos, piensan que el libro se escribió en Palestina hacia el siglo II a. C., en tiempos de los Macabeos o poco después, y que su autor reunió a propósito en un solo enemigo a los grandes opresores de Israel: Asiria, Babilonia, Persia y los reyes griegos que, como Antíoco IV, pretendieron honores divinos y profanaron el templo (1 Mac 1). Las incoherencias no serían descuidos, sino avisos al lector, como el «érase una vez» de un cuento. Una breve versión hebrea medieval llega a poner como enemigo a un rey Seleuco y a Jerusalén en lugar de Betulia. San Juan Pablo II habló con prudencia: el autor sagrado «reconstruye ese evento varios siglos después», para dar a sus hermanos en la fe, tentados por el desaliento, «un ejemplo que los animara» (audiencia del 29 de agosto de 2001). Sobre el fondo histórico del relato la discusión sigue abierta.

La Iglesia da un criterio para leerlo. Los libros sagrados enseñan «sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra» (Dei Verbum, n. 11; Catecismo, n. 107), y para descubrir lo que el autor quiso decir hay que atender a los «géneros literarios», porque «la verdad se presenta y se enuncia de modo diverso en obras de diversa índole histórica» (Dei Verbum, n. 12; Catecismo, n. 110). La Comisión Bíblica ha dicho de Tobías y de Jonás que no relatan hechos realmente ocurridos y que, aun así, están llenos de significado edificante, didáctico y

teológico (Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura, 2014, n. 135; ver la introducción a Tobías). No lo ha dicho de Judit; pero la verdad de este libro, como la de una parábola, no depende de que cada fecha cuadre.

Lo que el libro enseña es claro. Primero, quién es Dios: un rey que exige ser adorado como el único dios (3,13) y unos oficiales que lo proclaman «el dios de la tierra» (5,29) se estrellan contra el Señor, «el que derrota los ejércitos» (16,3). Segundo, la fuerza de la oración de un pueblo pequeño, que ayuna y suplica antes de defenderse (4,8-17). Tercero, el estilo de Dios, que no se complace en la fuerza de la caballería y escucha «la oración de los humildes y mansos» (9,16). Por eso el libro se ha leído en tiempos de persecución. Los cuadros «El libro y la historia», en este capítulo, y «La Vulgata y el griego», en el siguiente, dan los detalles.

PAUSA

1. Arfaxad se fiaba de sus murallas y de sus carros. ¿En qué «murallas» pones tú tu seguridad?
2. El libro empieza sin nombrar a Dios, aunque él guía la historia. ¿En qué momentos de tu vida has sentido el silencio de Dios?
3. Nabucodonosor se sintió despreciado y juró vengarse. ¿Cómo reaccionas tú cuando te sientes humillado?

Para orar. *Señor, que derribas a los soberbios y enalteces a los humildes, guárdame del orgullo que se cree invencible.*

2

La campaña de Holofernes

Un año después de su victoria, Nabucodonosor reúne a su consejo y anuncia su designio: «subyugar toda la tierra» (vv. 1-3). Su general Holofernes recibe la orden de no tener compasión de nadie (vv. 4-6), reúne un ejército inmenso (vv. 7-11) y lo arrasa todo, de Cilicia a Mesopotamia, Madián y Damasco (vv. 12-18). La ruta es imposible de seguir en un mapa: lo que cuenta es la impresión de una fuerza que nada detiene, «como una langosta» que cubre la tierra. La Vulgata resume mucho: el griego tiene un largo discurso del rey y diez versículos más (2,19-28), cuyos números quedan vacíos en esta edición.

El consejo del rey

1 El año decimotercero [1] del reinado de Nabucodonosor, a
veintidós del mes primero, se celebró consejo en el
palacio [2] de Nabucodonosor, rey de los asirios, sobre la
manera de tomar venganza de las naciones. 2 Convocó a
todos los ancianos [3], y a todos sus capitanes y campeones;
y propuso en consejo secreto su determinación. 3 Les dijo
que su designio era subyugar toda la tierra a su imperio [4].
4 La propuesta siendo aprobada de todos, el rey Nabucodo-
nosor llamó a Holofernes, jefe de sus ejércitos [5], 5 y le dijo:
Sal a campaña contra todos los reinos de occidente [6], y

principalmente contra aquellos que menospreciaron mis órdenes. [6] No mirarás con compasión a reino alguno [7], y sujetarás a mi dominio todas las ciudades fuertes.

El ejército

[7] Entonces Holofernes convocó a los capitanes y oficiales del ejército de los asirios; y escogió para la expedición el número de hombres señalado por el rey, a saber, ciento veinte mil soldados de infantería y doce mil arqueros de caballería [8]. [8] Despachó delante de sus tropas una gran muchedumbre de camellos con abundantes provisiones para el ejército, con ganado vacuno y rebaños de ovejas sin cuento. [9] Mandó asimismo acopiar trigo en toda la Siria para cuando él pasase. [10] Y tomó también del erario del rey grandísimas sumas de oro y plata. [11] Con esto se puso en marcha seguido de todo el ejército, con los carros de guerra, y caballería, y arqueros, cubriendo como una langosta la superficie de la tierra [9].

La marcha de Holofernes

[12] Y habiendo pasado los confines de Asiria, llegó a las grandes montañas de Ange [10], situadas a la izquierda de la Cilicia, y escaló todos sus castillos, y se apoderó de todas las plazas fuertes. [13] Arruinó también la famosísima ciudad de Meloti, y saqueó a todos los habitantes de Tarsis [11] y a los ismaelitas, que moraban enfrente del desierto, al

mediodía del país de Cellón. [14] Habiendo pasado el Eufrates, entró por la Mesopotamia y batió todas las ciudades fuertes que había allí, desde el arroyo de Mambre, hasta el mar de Tiberíades [12]. [15] Y se hizo dueño de todo el país desde la Cilicia hasta los términos de Jafet, que está al mediodía.

[16] Y se llevó toda la gente de Madián [13], robando todas las riquezas, y pasando a cuchillo a cuantos le resistían. [17] Después se dejó caer sobre los campos de Damasco, al tiempo de la siega [14], e hizo pegar fuego a todas las mieses y talar todos los árboles y viñas. [18] Con lo cual sobrecogió de terror a todos los habitantes de la tierra [15].

¿Sabías que?

En el griego, Nabucodonosor manda decir a los pueblos que le «preparen tierra y agua» (2,7). Era la señal de sumisión que exigían los reyes de Persia. Heródoto cuenta que Darío envió heraldos a las ciudades griegas para pedirles tierra y agua, y que muchas, entre ellas todas las islas, se las dieron (Historias VI, 48-49). Atenas y Esparta, en cambio, arrojaron a los enviados a una sima y a un pozo, y les dijeron que sacaran de allí la tierra y el agua para su rey (VII,133). El detalle, ausente de la Vulgata, es uno de los rasgos persas del libro.

La Vulgata y el griego: dos formas de un libro

Pasaje	Vulgata (Torres Amat)	Griego (Biblias modernas)
Arfaxad	Vencido el año 12 (1,5)	Vencido el año 17, y muerto (1,13-15)
La campaña	El año 13 (2,1)	El año 18 (2,1)
El ejército	120.000 infantes, 22.000 jinetes (7,2)	170.000 y 12.000 (7,2)
El asedio	Veinte días (7,11)	Treinta y cuatro días (7,20)
La viudez	Tres años y seis meses (8,4)	Tres años y cuatro meses (8,4)
Moisés	Venció orando (4,13)	No está
La confesión	«Hemos pecado» (7,19-22)	No está
La belleza	Dios se la aumenta (10,4)	No está
La petición	«Afectuosas palabras» (9,13)	«El engaño de mis labios» (9,10.13)
Aquior	Homenaje (13,27-31) y conversión (14,6)	Los dos en 14,5-10
La danza	No está	Ramos y coronas de olivo (15,12-13)
La castidad	Elogiada (15,11)	No está
La fiesta	Instituida (16,31)	No está

San Jerónimo cuenta que tradujo el libro desde un texto arameo en una sola velada, «más sentido por sentido que palabra por palabra». El griego es la base de las Biblias modernas y de la Neovulgata; la Iglesia ha leído los dos.

PAUSA

1. Nabucodonosor quería «subyugar toda la tierra». ¿Qué afán de dominar personas, cosas o situaciones reconoces en ti?
2. Ante Holofernes, el terror lo invadía todo. ¿Qué miedos de hoy te quitan la paz, y a quién se los entregas?
3. La palabra del rey era de venganza; la de Dios es de salvación. ¿Qué palabras salen de tu boca cuando te sientes herido?

Para orar. *Señor de la historia, cuando los poderosos parezcan invencibles, recuérdame que solo tú eres el Rey.*

3

Los pueblos se rinden

Aterrados, los reyes de la Siria de Mesopotamia, de la Siria de Sobal, de Libia y de Cilicia envían embajadores para rendirse sin condiciones (vv. 1-6). Holofernes baja de los montes, ocupa las ciudades y recluta a sus hombres (vv. 7-8); los pueblos lo reciben con coronas, antorchas y danzas, pero nada amansa su ferocidad: destruye ciudades y bosques sagrados (vv. 9-12), porque el rey quiere ser el único dios (v. 13). Por fin llega a las puertas de Israel y espera treinta días a que se reúna su ejército (vv. 14-15). El capítulo prepara el contraste: todos se doblegan; Israel no.

La rendición

[1] Entonces los reyes y príncipes de todas las ciudades y provincias, es a saber, de la Siria de Mesopotamia, y de la Siria de Sobal [1], y de la Libia, y de la Cilicia, enviaron sus embajadores; los cuales presentándose a Holofernes, le dijeron: [2] Cese tu cólera contra nosotros; porque vale más vivir sirviendo [2] al gran rey Nabucodonosor, y depender de ti, que morir casi todos, y sufrir los demás los trabajos de la esclavitud. [3] Están a tu disposición todas nuestras ciudades, todas nuestras posesiones, todos los montes y collados, y los campos, y las vacadas, y los rebaños de ovejas y cabras, y los caballos, y los camellos; todas nuestras facul-

tades, y todas nuestras familias [3]. [4] Queden a tu arbitrio todas nuestras cosas [4]. [5] Nosotros y nuestros hijos somos tus esclavos. [6] Ven a nosotros como dueño pacífico [5] y empléanos en tu servicio como gustares.

Coronas y danzas

[7] Entonces bajó de las montañas [6], con la caballería y un ejército numeroso, y tomó posesión de todas las ciudades y de todos los pueblos del país. [8] Y de todas las ciudades se llevaba para tropas auxiliares [7] a los hombres robustos y aptos para las armas. [9] Fue tan grande el espanto que se apoderó de aquellas provincias, que los más principales y distinguidos moradores de todas las ciudades, luego que se acercaba, le salían al encuentro junto con los pueblos, [10] recibiéndole con coronas y lámparas o hachas encendidas [8], formando danzas al son de tamboriles y flautas.

[11] Pero por más que hicieron, no pudieron amansar la ferocidad de aquel corazón [9]. [12] Porque no por eso dejó de destruirles las ciudades, y de talarles los bosques sagrados [10]. [13] Por cuanto el rey Nabucodonosor le había dado orden de exterminar todos los dioses de la tierra, con el fin de que él solo fuese tenido por dios [11] de aquellas naciones que pudiese subyugar el poder de Holofernes.

A las puertas de Israel

14 El cual, atravesada la Siria de Sobal, y toda la Apamea [12],
y toda la Mesopotamia, llegó a los idumeos, al país de
Gabaa [13]; 15 y ocupó sus ciudades, y se detuvo allí por espa-
cio de treinta días [14], en cuyo intermedio mandó que se
reuniese toda la fuerza de su ejército.

¿Sabías que?

Salir al encuentro de un rey con coronas, antorchas y música, como hacen los pueblos con Holofernes (3,9-10), era una costumbre de todo el mundo antiguo. En la época griega, la visita oficial de un rey a una ciudad se llamaba parusía, «presencia» o «llegada», y la ciudad salía a recibirlo en procesión. Los cristianos tomaron esas palabras para hablar de la venida gloriosa de Cristo: san Pablo escribe que, en la «venida» (parusía) del Señor, los creyentes saldrán «al encuentro del Señor» (1 Tes 4,15-17), y en la parábola las vírgenes salen con sus lámparas «al encuentro del esposo» (Mt 25,1.6). Los pueblos salían a recibir a Holofernes por miedo; la Iglesia espera a su Señor con las lámparas encendidas, por amor.

PAUSA

1. Los pueblos se rindieron diciendo «más vale vivir sirviendo». ¿En qué te has rendido tú por miedo o por comodidad?
2. La adulación no amansó a Holofernes. ¿A quién intentas agradar a costa de tu conciencia?
3. Nabucodonosor quería ser el único dios. ¿Qué cosas o personas ocupan en tu vida el lugar de Dios?

Para orar. *Señor, solo tú eres Dios: que no doble la rodilla ante ningún poder que quiera ocupar tu lugar.*

4

Israel se prepara y ora

Israel entra en el relato y hace dos cosas a la vez: se defiende y ora. Ocupa las cimas, amuralla sus aldeas y almacena grano (vv. 1-4); el sumo sacerdote Eliaquim manda guardar los pasos de los montes que llevan a Jerusalén (vv. 5-7). Todo el pueblo ayuna y clama al Señor: hombres, mujeres, niños postrados ante el templo y hasta el altar vestido de cilicio (vv. 8-10). Eliaquim recorre el país y recuerda a Moisés, que venció a Amalec orando (vv. 11-14), y aun los sacerdotes ofrecen los holocaustos con ceniza en la cabeza (vv. 15-17). Frente al imperio que quiere ser adorado, Israel se vuelve a su Dios.

La defensa de los montes

1 Habiendo sabido, pues, todo esto los hijos de Israel, que
habitaban la tierra de Judea [1], temieron sobremanera su
llegada. 2 Se apoderó de sus corazones el terror y el horror,
temerosos de que hiciese con Jerusalén y con el templo del
Señor [2], lo que había ejecutado con las otras ciudades y
sus templos. 3 Por lo que enviaron gente a toda la frontera
de Samaria hasta Jericó [3], y ocuparon de antemano todas
las cimas de los montes; 4 y cercaron de muros sus aldeas,
y almacenaron granos, preparándose para la guerra.

5 Asimismo el sumo sacerdote Eliaquim o Joacim [4], escribió a todos los que habitaban hacia Esdrelón, que está enfrente a la gran llanura contigua a Dotaín [5], y a todos los lugares que estaban en los caminos por donde podía pasar Holofernes, 6 a fin de que ocupasen las alturas de los montes, por los cuales podía abrirse camino para Jerusalén, y guarneciesen los pasos estrechos o desfiladeros [6] que hubiese entre los montes. 7 Ejecutaron los hijos de Israel puntualmente las disposiciones de Eliaquim [7], sumo sacerdote del Señor.

Ayuno y súplica

8 Al mismo tiempo todo el pueblo clamó al Señor con grandes instancias, y humillaron sus almas con ayunos y oraciones [8], así ellos como sus mujeres. 9 Los sacerdotes se vistieron de cilicio [9], y a los niños los postraron por tierra delante del templo del Señor [10], cuyo altar cubrieron también de cilicio [11]. 10 Y todos a una voz clamaron al Señor Dios de Israel que no fuesen arrebatados sus hijos, ni robadas sus mujeres [12], ni exterminadas las ciudades, ni profanado el santuario, ni reducidos ellos a ser el oprobio de las naciones.

La exhortación de Eliaquim

11 Entonces Eliaquim, sumo sacerdote del Señor, recorrió todo el país de Israel [13], y les hablaba, 12 diciendo: Tened

por cierto que oirá el Señor vuestras plegarias si perseverareis constantemente en su presencia [14], ayunando y orando. [13] Acordaos de Moisés, siervo del Señor [15], el cual no por medio de las armas, sino suplicando con santas oraciones, derrotó a los amalecitas, que confiaban en su fuerza, y en su poder, y en sus ejércitos, y en sus escudos, y en sus carros de guerra, y en su caballería. [14] Lo mismo sucederá a todos los enemigos de Israel, si perseverareis en hacer lo que habéis comenzado.

[15] Movidos, pues, con estas exhortaciones, perseveraban todos encomendándose al Señor, sin apartarse de su acatamiento [16]; [16] de tal manera, que aun los que ofrecían holocaustos al Señor, le presentaban las víctimas ceñidos de cilicios y cubiertas de ceniza sus cabezas [17]. [17] Y todos suplicaban de todo su corazón a Dios, que visitase y consolase a su pueblo de Israel [18].

¿Sabías que?

En el griego, hasta el ganado de Israel se cubre de saco (4,10). La Biblia cuenta lo mismo de Nínive en el libro de Jonás: por orden del rey, hombres y bestias, vacas y ovejas, ayunaron y se cubrieron de saco (Jon 3,7-8). Y Heródoto describe una costumbre parecida entre los persas: cuando murió Masistio, el jefe de su caballería, en la guerra contra los griegos, todo el ejército se cortó el pelo y se lo cortó también a los caballos y a las bestias de carga en señal de duelo (Historias IX,24). La ironía es notable: en Jonás, la que hace penitencia es Nínive; en Judit, la amenaza viene de Nínive, y la que se cubre de saco es Jerusalén.

PAUSA

1. Israel hizo dos cosas a la vez: se defendió y oró. ¿Cómo unes tú la acción y la oración ante un problema grave?
2. Eliaquim recordó a Moisés con los brazos alzados. ¿Qué ayudas de Dios en tu propia historia podrías recordar hoy?
3. Hasta los niños se postraron ante el templo. ¿Cómo rezáis en tu familia en los momentos difíciles?

Para orar. *Señor, Dios de Israel, mira nuestra aflicción y visita a tu pueblo; danos perseverar en tu presencia.*

5

Aquior cuenta la historia de Israel

Holofernes no entiende por qué un pueblo pequeño se atreve a resistirle, y pregunta a los jefes de Moab y de Amón «qué casta de pueblo es ese» (vv. 1-4). Le responde Aquior, jefe de los amonitas, con la verdad: la historia de Israel desde Abrahán hasta la vuelta del destierro (vv. 5-23), resumida en una regla: mientras no pecan contra su Dios, nadie puede vencerlos (vv. 24-25). Los oficiales de Holofernes se indignan y quieren matarlo (vv. 26-29). Un extranjero hace la confesión de fe más completa del libro; los asirios le contestan con la suya: «Nabucodonosor es el dios de la tierra».

La pregunta de Holofernes

1 Avisaron, pues, a Holofernes, generalísimo del ejército de
los asirios, que los hijos de Israel se preparaban para resis-
tirle, y que tenían tomados los pasos de los montes. 2 Y
montando en cólera, convocó encendido en saña a todos
los príncipes de Moab, y a los capitanes de los amonitas [1],
3 y les habló de esta manera: Decidme qué casta de pueblo
es ese [2] que tiene ocupados los desfiladeros de los montes;
o qué ciudades son las suyas, cuáles y cuán grandes; cuál
sea también su valor, cuánta su gente y quién es el que go-
bierna sus tropas. 4 Y ¿por qué sólo éstos, entre todos los

que moran hacia el oriente, nos han menospreciado, y no nos han salido al encuentro para recibirnos como amigos?

El discurso de Aquior

5 Entonces Aquior, jefe de todos los amonitas [3], le respondió en estos términos: Si te dignas escucharme, yo diré, oh señor mío, la verdad en tu presencia, acerca de este pueblo que habita en las montañas, y no saldrá de mi boca palabra falsa [4]. 6 Ese pueblo desciende de los caldeos [5]. 7 Habitó primero en la Mesopotamia; porque no quisieron seguir los dioses de sus padres [6], que habitaban en el país de la Caldea. 8 Abandonando, pues, las ceremonias de sus padres, que adoraban muchos dioses, 9 dieron culto al solo Dios del cielo [7]; el cual por lo mismo les mandó salir de allí y pasar a vivir en Carán [8]. Mas como después sobreviniese una gran carestía en todo aquel país, bajaron a Egipto; donde por espacio de cuatrocientos años [9] se multiplicaron en tanto grado, que resultó un pueblo innumerable.

10 Por tanto, tratándolos con dureza el rey de Egipto y forzándolos a trabajar en barro y hacer ladrillos [10] para edificar ciudades, clamaron a su Señor y Dios, el cual hirió con varias plagas toda la tierra de Egipto. 11 Al fin, los arrojaron de sí los egipcios. Pero viendo que habían cesado ya las plagas, quisieron de nuevo cautivarlos y reducirlos a la anterior servidumbre. 12 Mas ellos huyeron, y el Dios del cielo les abrió el mar, de tal manera, que de un lado y otro se

cuajaron las aguas [11], formando como una muralla; y de este modo, caminando a pie enjuto, atravesaron el fondo del mar. [13] Al mismo tiempo un ejército innumerable de egipcios que iba tras de ellos persiguiéndolos por el mismo paso, fue de tal suerte sumergido por las aguas, que ni uno siquiera quedó para poder referir el suceso a los venideros. [14] Salidos del mar Rojo, hicieron alto en los desiertos del monte Sinaí, donde jamás hombre alguno pudo habitar, ni descansar ninguna persona. [15] Allí las fuentes amargas se les convirtieron en dulces [12], a fin de que pudiesen beber, y por espacio de cuarenta años recibieron el alimento del cielo.

[16] Doquiera que pusieron el pie, sin arco ni saeta [13], sin escudo, ni espada, peleó por ellos su Dios, y fue siempre vencedor. [17] Y no hubo quien pudiese hacer daño a este pueblo, sino cuando él se desvió del culto del Señor su Dios [14]. [18] Y así siempre que, fuera de su Dios, adoraron a otro, fueron entregados al saqueo, y a la muerte, y al oprobio. [19] Mas cuantas veces se arrepintieron de haber abandonado el culto de su Dios, el Dios del cielo les dio fuerzas para defenderse.

[20] Así es que ellos abatieron a los reyes cananeos, y jebuseos, y ferezeos, y heteos, y heveos, y amorreos, y a todos los potentados de Hesebón [15], y poseen al presente sus tierras y ciudades; [21] y mientras no han pecado contra su Dios

les ha ido bien, porque su Dios aborrece la iniquidad. 22 Y
aun pocos años hace, habiéndose desviado del camino que
Dios les había enseñado, para que anduviesen por él, fue-
ron derrotados y batidos por varias naciones, y llevados
cautivos muchísimos de ellos a tierras extrañas [16]. 23 Pero
últimamente, habiéndose convertido hace poco al Señor
su Dios, regresaron todos de los lugares en que habían sido
esparcidos [17], y han repoblado todas estas montañas, y
son nuevamente dueños de Jerusalén, donde está su san-
tuario.

24 Ahora, pues, infórmate, oh señor mío, si son ellos reos
de algún delito [18] en presencia de su Dios; y en tal caso
marchemos contra ellos, porque indudablemente los en-
tregará su Dios en tus manos, y quedarán subyugados a tu
dominio. 25 Pero si este pueblo no ha delinquido contra su
Dios, no podremos resistirle; porque lo defenderá su Dios,
y vendremos a ser el escarnio de toda la tierra.

La ira de los oficiales

26 Luego que acabó Aquior de hablar estas palabras, se in-
dignaron todos los magnates de Holofernes, y trataban de
quitarle la vida, diciéndose unos a otros: 27 ¿Quién es éste
que dice que al rey Nabucodonosor y a sus ejércitos le pue-
den hacer frente los hijos de Israel, unos hombres sin ar-
mas, y sin valor [19], ni pericia en el arte militar? 28 Pues
para que Aquior conozca cómo nos engaña, subamos a las

montañas, y hechos prisioneros los más valientes de aquella nación, entonces será pasado él a cuchillo con ellos; [29] a fin de que sepa todo el mundo que Nabucodonosor es el dios de la tierra [20] y que fuera de él no hay otro ninguno.

¿Sabías que?

El libro de los Jubileos, una obra judía del siglo II a. C. de la que se han hallado copias en hebreo en las cuevas de Qumrán, cuenta la ruptura de Abrahán con los ídolos que recuerda Aquior. El joven Abrán pide a su padre, Taré, que no adore ídolos sin espíritu, sino «al Dios del cielo», que manda la lluvia y el rocío; Taré le responde que piensa lo mismo, pero teme que lo maten si lo dice. A los sesenta años, Abrán quema de noche la casa de los ídolos, y su hermano Harán muere entre las llamas al intentar salvarlos (Jubileos 12,1-14). Otro relato judío, el de los ídolos rotos, se cuenta en las notas de Josué (ver Jos 24,2).

La historia de Israel según Aquior

Aquior dice	Lo que recuerda	Dónde se cuenta
5,6-8	Los padres, caldeos, dejan los dioses de sus padres	Gn 11,28-31; Jos 24,2-3
5,9	Dios los manda a Harán; el hambre los lleva a Egipto	Gn 12,1-10; 42 – 47
5,9	Cuatrocientos años en Egipto: un pueblo innumerable	Gn 15,13; Éx 1,7; 12,40
5,10	El barro, los ladrillos y las plagas	Éx 1,11-14; 5; 7 – 12
5,11-13	La salida, el mar abierto, el ejército ahogado	Éx 12 – 14
5,14-15	El Sinaí, las aguas amargas, el maná	Éx 15,22-25; 16,35; 19
5,16	Dios peleó por ellos, «sin arco ni saeta»	Éx 14,14; Jos 23,10; 24,12
5,17-19	Pecado y castigo; arrepentimiento y fuerza	Jue 2,11-19
5,20	Los reyes de Canaán y los de Hesebón	Nm 21,21-31; Jos 12
5,22	Las derrotas y el destierro	2 Re 17; 24 – 25
5,23	La vuelta, Jerusalén y su santuario	Esd 1 – 6

Aquior resume la historia en una regla: mientras no pecan contra su Dios, nadie puede vencerlos (5,21.24-25). Judit usará esa misma regla para engañar a Holofernes (11,8-12), y Aquior acabará creyendo en el Dios cuya historia ha contado (14,6).

PARA PROFUNDIZAR

¿Quién es Dios? Aquior ante Holofernes

Holofernes hace una pregunta militar: qué pueblo es ese, cuántos son, «quién es el que gobierna sus tropas» (5,3). Aquior le da una respuesta teológica, y en ella está la pregunta de todo el libro: ¿quién es Dios? El imperio ya tiene su respuesta. Nabucodonosor ha mandado destruir los dioses de la tierra para ser «tenido por dios» (3,13); sus oficiales concluyen que «Nabucodonosor es el dios de la tierra y que fuera de él no hay otro ninguno» (5,29), y Holofernes lo repetirá (6,2). Es la pretensión que el libro de Daniel atribuye a otros reyes (Dn 3; 6) y que el Apocalipsis ve en la bestia a la que todos adoran (Ap 13,4-8). El Catecismo advierte que no es una tentación solo del pasado: hay idolatría siempre que se diviniza lo que no es Dios, sea el poder, el placer, la raza, el Estado o el dinero (n. 2113).

La respuesta de Aquior es un credo contado por un extranjero. Repasa la historia de Israel: los padres que dejaron los dioses de Caldea por «el solo Dios del cielo», Harán, el hambre y los cuatrocientos años de Egipto, los ladrillos y las plagas, el mar abierto, el desierto, las aguas amargas endulzadas y el maná, la tierra conquistada, el destierro y la vuelta (5,6-23; ver el cuadro «La historia de Israel según Aquior»). Es el recorrido de los credos de Israel (Dt 26,5-9; Jos 24,2-13; ver el ensayo de Dt 26, «Un arameo errante fue mi padre»), pero en boca de un amonita, miembro de un pueblo al que la Ley excluía de la asamblea del Señor (Dt 23,4).

Aquior resume esa historia en una regla: «mientras no han pecado contra su Dios les ha ido bien, porque su Dios aborrece la

iniquidad» (5,21); cuando adoraron a otros dioses fueron entregados, y cuando se arrepintieron recobraron la fuerza (5,17-19). Es la enseñanza del Deuteronomio (Dt 28) y el esquema del libro de los Jueces (Jue 2,11-19). San Juan Pablo II lo resumía así: «El auténtico enemigo que Israel debe temer no son los poderosos de esta tierra, sino la infidelidad al Señor» (audiencia del 29 de agosto de 2001). La regla es verdadera, pero no lo explica todo: el libro de Job y el propio Jesús (Jn 9,3) advierten contra la idea de que toda desgracia sea un castigo, y Judit hablará de la prueba como corrección de un padre (8,27). Además, Judit usará esa misma regla para engañar a Holofernes, cuando le diga que Israel está a punto de pecar (11,8-12).

Aquior tiene otra virtud: dice la verdad. «No saldrá de mi boca palabra falsa» (5,5), promete, y no adula a su señor, aunque sabe lo que arriesga. Los oficiales quieren matarlo (5,26-28), y Holofernes lo entregará a los israelitas para que muera con ellos (6,7-13). El lector no puede dejar de comparar: el extranjero se juega la vida diciendo la verdad, mientras que la heroína vencerá con palabras de doble sentido (ver el ensayo del capítulo 11).

El final de Aquior es el de muchos paganos de la Biblia que reconocen al Dios de Israel. Los de Betulia lo reciben y lo consuelan (6,16-17), y cuando ve lo que Dios ha hecho, «creyó en Dios, y se circuncidó, y quedó incorporado en el pueblo de Israel» (14,6; ver nota a 14,6). La Ley excluía a los amonitas «para siempre» (Dt 23,4; Neh 13,1), pero los profetas anunciaban que Dios no rechazaría al extranjero que se une a él (Is 56,3-7), y la Biblia recuerda a Rut la moabita (ver el ensayo de Rut 1, «Tu pueblo es mi pueblo»), a Rajab, que confesó que el Señor es Dios arriba en el cielo y abajo

en la tierra (Jos 2,11), y a Naamán, para quien no hay Dios en toda la tierra sino en Israel (2 Re 5,15). El Nuevo Testamento sigue esa línea con el centurión de Cafarnaún (Mt 8,10) y con Cornelio: «Dios no hace acepción de personas» (Hch 10,34-35). La pregunta de Holofernes recibe así dos respuestas: la del imperio, que exige ser adorado, y la de un Dios que defiende a los pequeños y abre su pueblo a quien busca la verdad.

PAUSA

1. Aquior dijo la verdad aunque sabía que podía costarle caro. ¿Cuándo te ha costado a ti decir la verdad?
2. Un extranjero contó mejor que nadie la historia de Israel. ¿Qué te ha enseñado de Dios alguien que no comparte tu fe?
3. «Mientras no han pecado contra su Dios les ha ido bien». ¿Qué lugar ocupa la fidelidad en tu manera de enfrentar las dificultades?

Para orar. *Dios del cielo, que te diste a conocer a un extranjero, haz que mi boca diga siempre la verdad sobre ti.*

6

Aquior, entregado a Betulia

Holofernes responde al discurso de Aquior con furia y con una profesión de fe al revés: «no hay otro dios fuera de Nabucodonosor» (6,2). El capítulo tiene tres momentos: la sentencia contra Aquior, condenado a correr la suerte de Israel (vv. 1-6); su entrega, atado a un árbol al pie de Betulia, y su relato ante los ancianos (vv. 7-13); la oración del pueblo, que consuela y acoge al extranjero, y la noche de súplica (vv. 14-21). Todo el capítulo está hecho de ironía: el castigo convierte a Aquior en miembro del pueblo que defendió, y la amenaza de Holofernes se volverá contra él.

La sentencia de Holofernes

1 Así que acabaron ellos de hablar, Holofernes, enfurecido
sobremanera [1], dijo a Aquior: 2 Ya que has hecho de
profeta [2], diciéndonos que el pueblo de Israel es defendi-
do por su Dios, para hacerte ver que no hay otro dios fuera
de Nabucodonosor [3], 3 después que los hayamos pasado a
cuchillo a todos ellos, como si fuesen un solo hombre, en-
tonces perecerás tú también al filo de la espada de los asi-
rios, y todo Israel será enteramente exterminado contigo;
4 y sabrás por experiencia que Nabucodonosor es el señor
de toda la tierra. Entonces la espada de mis soldados atra-

vesará tu costado [4], y caerás traspasado entre los heridos de Israel, sin poder ya respirar más, pereciendo con ellos.
[5] Ahora bien, si tú tienes por cierta tu profecía, no mudes el color del rostro, y esa palidez que cubre tu semblante [5] échala lejos de ti, si crees que no tendrán efecto estas palabras mías. [6] Mas para que sepas que has de sufrir con ellos todo lo dicho, he aquí que desde ahora serás agregado a aquel pueblo [6]; a fin de que cuando mi espada les dé a ellos el castigo merecido, seas tú también envuelto en la venganza.

Aquior, atado al pie de Betulia

[7] En seguida Holofernes mandó a sus criados que prendiesen a Aquior, y lo llevasen a Betulia [7], entregándole en manos de los hijos de Israel. [8] Cogiendo, pues, los criados de Holofernes a Aquior, partieron por la llanura; pero llegando a la montaña salieron contra ellos los honderos de la ciudad; [9] por lo que declinando hacia un lado del monte, ataron a Aquior de pies y manos a un árbol [8]; y así atado con cordeles lo dejaron, y se volvieron a su señor. [10] Mas los hijos de Israel bajando de Betulia, fueron a él, y desatándolo, lo condujeron a Betulia, y poniéndolo en medio del pueblo, le preguntaron cuál era la causa de haberlo dejado atado allí los asirios.

[11] En aquel tiempo los príncipes o gobernadores de aquel distrito [9] eran Ozías, hijo de Micas, de la tribu de Simeón,

y Carmi, llamado también Gotoniel. [12] Estando, pues, Aquior en medio de los ancianos, y a vista de toda la gente, refirió todo cuanto había respondido a las preguntas de Holofernes; y cómo la gente de Holofernes lo había querido matar por haber hablado de aquella manera; [13] y que indignado el mismo Holofernes lo había mandado entregar a los israelitas, con el fin de hacerlo perecer a fuerza de varios suplicios, luego que éstos fueran vencidos, por haber dicho a Holofernes: El Dios del cielo es el defensor de los hijos de Israel [10].

La oración de Betulia

[14] Declaradas todas estas cosas por Aquior, todo el pueblo se postró en tierra sobre su rostro, adorando al Señor, y con gemidos y llanto universal derramaron unánimes sus plegarias [11] ante el Señor, [15] diciendo: Señor Dios del cielo y de la tierra, mira la soberbia de éstos, y vuelve los ojos a nuestra humillación [12], y considera el semblante, o la situación de tus santos [13], y haz ver que no desamparas a los que confían en ti; y que abates a los que presumen de sí mismos [14], y se jactan de su poder.

[16] Luego que cesó el llanto, y concluida que fue la oración del pueblo, que duró todo el día, consolaron a Aquior, [17] diciendo: El Dios de nuestros padres, cuyo poder has publicado, ése mismo trocará tu suerte [15] de tal manera que veas tú antes la ruina de los enemigos. [18] Mas cuando el Se-

ñor nuestro Dios hubiere así puesto en libertad a sus siervos, sea él también tu Dios en medio de nosotros [16], para que del modo que mejor te parezca mores con todos los tuyos en nuestra compañía.

[19] Entonces Ozías, despedida la junta, lo hospedó en su casa, y le dio una gran cena [17]. [20] A la cual convidados todos los ancianos, después de haber ayunado todo el día, tomaron juntos su alimento. [21] Después fue convocado todo el pueblo, y pasaron en oración toda la noche dentro de la iglesia [18], pidiendo socorro al Dios de Israel.

¿Sabías que?

En el *Purgatorio*, Dante sube con Virgilio a la primera cornisa del monte, donde los soberbios purgan su orgullo caminando encorvados bajo grandes piedras. El suelo está esculpido con ejemplos de soberbia castigada: Lucifer cayendo del cielo, Nemrod al pie de su torre, Saúl muerto sobre su propia espada en Gelboé, Senaquerib asesinado por sus hijos en el templo... y también «cómo huyeron en derrota los asirios, después que fue muerto Holofernes» (canto XII, vv. 58-60). Para Dante, el general que proclamaba «no hay otro dios fuera de Nabucodonosor» era uno de los grandes ejemplos de la soberbia humillada.

PAUSA

1. Aquior fue castigado por decir la verdad sobre el Dios de Israel. ¿Te ha costado alguna vez hablar de Dios delante de otros?
2. Betulia ofreció al extranjero un lugar «en nuestra compañía». ¿A quién te cuesta acoger en tu comunidad o en tu casa?
3. El pueblo oró todo el día y toda la noche por una necesidad común. ¿Por qué necesidad de los tuyos podrías orar con otros?

Para orar. *Señor, Dios del cielo y de la tierra, mira nuestra pequeñez, abate nuestra soberbia y no desampares a los que confían en ti.*

7

El *asedio de Betulia*

Holofernes avanza contra Betulia con un ejército inmenso, pero no la asalta: por consejo de los amonitas y los moabitas, le quita el agua. El capítulo tiene cuatro momentos: el despliegue del ejército y la vigilancia de Israel (vv. 1-5); el acueducto cortado y los manantiales tomados (vv. 6-11); la rebelión del pueblo sediento, que exige rendirse, y su lamento, con una confesión que solo tiene la Vulgata (vv. 12-22); y la propuesta de Ozías de esperar cinco días (vv. 23-25). La sed es la prueba: el pueblo tiene que elegir entre la vida a cualquier precio y la confianza en Dios.

El ejército frente a Betulia

1 Al día siguiente Holofernes mandó a sus tropas que avanzasen contra Betulia [1]. 2 Componían un ejército de ciento veinte mil soldados de infantería y veintidós mil de caballería [2], sin contar los que había hecho alistar de entre los cautivos, y toda la juventud que se había llevado por fuerza de las provincias y ciudades. 3 Todos a un tiempo se pusieron a punto de pelear contra los israelitas, y avanzaron por la ladera del monte hasta la altura que domina sobre Dotaín, desde el lugar llamado Belma hasta Quelmón, situado enfrente de Esdrelón [3]. 4 Mas los hijos de Israel viendo aquel inmenso gentío se postraron en tierra,

echando ceniza sobre sus cabezas [4], rogando unánimes al Dios de Israel que mostrase su misericordia para con su pueblo; [5] y tomando las armas para pelear, se apostaron en los parajes por donde se entra en un sendero estrecho en medio de los montes; y los estaban guardando de día y de noche.

El agua cortada

[6] Holofernes por su parte, mientras andaba registrando los alrededores, observó que la fuente que corría dentro de la ciudad venía por un acueducto que tenían fuera hacia el mediodía [5], y así mandó cortarlo. [7] Quedaban, no obstante, a poca distancia de los muros, algunos pequeños manantiales, de donde se veía que iban a sacar a escondidas un poco de agua, más para aliviar la sed que para apagarla [6]. [8] Pero los amonitas y los moabitas [7] fueron y dijeron a Holofernes: Los hijos de Israel no ponen su confianza en sus lanzas ni en sus flechas, sino que su defensa y fortificaciones son los montes [8] y los collados escarpados. [9] Para que puedas, pues, vencerlos sin venir a las manos, pon guardias en los manantiales, a fin de que no cojan agua de ellos, y así los matarás sin sacar la espada [9], o a lo menos apurados de la sed, entregarán su ciudad, que por estar situada en los montes, creen inexpugnable.

[10] Estas razones parecieron bien a Holofernes y a sus oficiales, por lo que apostó cien hombres de guardia alrededor

de cada manantial. 11 Y después de veinte días [10] que se hacía esta guardia, llegaron a agotarse todas las cisternas y depósitos de agua de todos los habitantes de Betulia, de manera que no tenían dentro de la ciudad agua ni para saciar la sed un solo día, por lo que diariamente se repartía a los vecinos el agua por medida.

«Entreguémonos»

12 Entonces acudiendo todos de tropel a Ozías, hombres y mujeres, jóvenes y niños, todos a una voz, 13 dijeron: Sea Dios el juez entre ti y nosotros [11]; pues tú eres el causante de estos males, por no querer tratar de paz con los asirios, y por eso Dios nos ha abandonado en sus manos [12]. 14 Y por lo mismo no hay quien nos socorra en esta ocasión en que nos hallamos abatidos a vista de ellos por la sed y por una suma miseria.

15 Ahora, pues, convocad a todos los que se hallan en la ciudad, y entreguémonos todos voluntariamente al ejército de Holofernes; 16 porque más vale vivir cautivos y bendecir al Señor [13], que morir y ser el oprobio de todo el mundo, después de haber visto expirar a nuestros ojos nuestras esposas y nuestros niños. 17 Os requerimos hoy, poniendo por testigos al cielo y a la tierra [14], al Dios de nuestros padres, el cual nos castiga conforme a nuestros pecados, para que entreguéis luego la ciudad en poder del ejército de Holofernes, y se acabe en breve al filo de la espada nues-

tro penar, que se prolonga más y más con el ardor de la sed.

18 Así que dijeron esto, prorrumpió todo el pueblo en grandes llantos y alaridos [15]; y por espacio de muchas horas estuvieron clamando a Dios a una voz, y diciendo: 19 Hemos pecado nosotros y nuestros padres [16]; hemos sido malos, hemos cometido mil maldades. 20 Tú, Señor, pues eres piadoso, ten misericordia de nosotros o al menos castiga tú mismo nuestros delitos [17]; mas no quieras abandonar en poder de un pueblo que no te conoce, a los que te honran y reconocen por su Dios; 21 no sea que digan las naciones: ¿Dónde está el Dios de éstos? [18] 22 Y después que fatigados de tanto clamar y llorar, quedaron en silencio,

Cinco días

23 levantándose Ozías bañado en lágrimas, dijo: Tened buen ánimo, hermanos míos, y esperemos aún durante cinco días la misericordia del Señor [19]. 24 Que quizá aplacará su enojo [20], y hará brillar la gloria de su santo Nombre. 25 Mas si pasados los cinco días no viene ningún socorro, haremos lo que habéis dicho.

¿Sabías que?

Nadie sabe dónde estaba Betulia. El griego da datos precisos: una ciudad en lo alto de un monte, frente a la llanura de Esdrelón y cerca de Dotán, que vigilaba unos pasos estrechos hacia el sur y tenía un manantial al pie (4,6-7 y 7,3.12 en el griego). Desde el siglo XIX, viajeros y arqueólogos han propuesto casi una decena de lugares en torno a la llanura de Esdrelón y los montes de Samaría: Sanur, Mithiliyeh, Beit Ilfa, Siquem... La Enciclopedia Católica de 1907 se inclinaba por las alturas al oeste de Yenín, entre la llanura de Esdrelón y la de Dotán, junto a dos desfiladeros tan estrechos que en algunos tramos no pasan dos jinetes juntos. Hoy muchos estudiosos piensan que el nombre es literario.

Los días de Betulia

Cuándo	Qué pasa	Cita
Año 12.º	Nabucodonosor vence a Arfaxad	1,5
Año 13.º, día 22 del mes 1.º	Consejo: la campaña de Holofernes	2,1
Al día siguiente	El ejército avanza contra Betulia	7,1
Veinte días	Se agotan las cisternas	7,11
Cinco días	El plazo de Ozías	7,23-25
Esa noche	Judit sale; al alba, los centinelas	8,32; 10,10-11
Tres días	Sale de noche a orar	12,6-7
El cuarto día	El banquete de Holofernes	12,10
Esa noche	Los dos golpes; vuelta a Betulia	13,1-14
Al amanecer	La cabeza en el muro; la huida	14,7; 15,1
Treinta días	Se recogen los despojos	15,13
Tres meses	Fiesta en Jerusalén	16,22-24
Ciento cinco años	Muere Judit	16,28

Cifras de la Vulgata. El griego pone la guerra en el año 17.º y la campaña en el 18.º (1,13; 2,1), y el asedio dura treinta y cuatro días (7,20). Contando desde la promesa de Ozías, Judit actúa dentro del plazo, como anunció (8,32), aunque el texto no hace la cuenta.

PARA PROFUNDIZAR

«Cinco días»: la sed de Betulia y el plazo puesto a Dios

Holofernes no necesita asaltar Betulia: le basta cortarle el agua (7,6-10). El consejo viene de los vecinos de Israel, que conocen la tierra: en los montes de Samaría y de Judea, el agua llegaba de un manantial al pie del cerro o de las cisternas que llenaba la lluvia

del invierno, y cuando estas se vacían el tiempo juega contra los sitiados. En veinte días, treinta y cuatro según el griego, la ciudad bebe el agua por medida (7,11). La sed devuelve al pueblo al desierto, donde Israel, sediento, se preguntó: «¿Está el Señor en medio de nosotros, o no?» (Éx 17,7).

El grito del pueblo tiene tres partes. Primero, culpa a sus jefes: «Sea Dios el juez entre ti y nosotros» (7,13). Después interpreta su desgracia como abandono: «Dios nos ha vendido», dice la Vulgata. Por último, propone la rendición como mal menor: «más vale vivir cautivos y bendecir al Señor» (7,16). No es un discurso impío. Tienen ante los ojos la agonía de sus hijos, y su razonamiento tiene precedentes: Jeremías aconsejó rendirse a Babilonia (Jer 38,2). Pero el rey al que quieren entregarse exige ser adorado (3,13; 6,2): vivir cautivos bajo Nabucodonosor significaría, tarde o temprano, dejar de bendecir al Señor.

La Vulgata añade algo que falta en el griego: tras horas de llanto, la queja se convierte en oración (7,19-22). El pueblo confiesa sus pecados con las palabras de los salmos (Sal 106,6), pide a Dios que lo castigue él mismo antes que entregarlo a un pueblo que no lo conoce, como David (2 Sam 24,14), y apela a su honor: «¿Dónde está el Dios de éstos?» (7,21; Sal 115,2). Es la manera bíblica de quejarse: no contra Dios, sino ante él, como en los salmos de lamentación, «¿hasta cuándo, Señor?» (Sal 13,2), que Jesús rezó en la cruz (Sal 22,2; Mt 27,46). El Catecismo reconoce que la fe se vive a menudo en la oscuridad y que la experiencia del mal puede estremecerla (n. 164), y que a veces «Dios puede parecer ausente e incapaz de impedir el mal» (n. 272).

Entonces se levanta Ozías. No es un villano: llora, anima a los suyos, usa el lenguaje de la esperanza y hasta el «quizá» de los profetas (7,24; Jl 2,14). Pero su esperanza tiene fecha de caducidad: «si pasados los cinco días no viene ningún socorro, haremos lo que habéis dicho» (7,25). El papa Francisco lo trató con ternura, «pobre hombre, no tenía salida», y a la vez llamó a ese plazo, sin rodeos, «el pecado». El problema no es pedir ayuda ni desear una señal; es convertir la oración en un ultimátum, decidir de antemano cuándo y cómo debe actuar Dios y qué haremos si no lo hace. El Catecismo lo llama tentar a Dios, y advierte que esa actitud «incluye siempre una duda respecto a su amor, su providencia y su poder» (n. 2119). En el griego, además, Ozías lo jura (8,11.30): los jefes ponen a Dios por testigo de lo que Dios mismo tendría que hacer.

¿Por qué calla Dios? El capítulo no lo explica. Termina con un silencio, el de un pueblo agotado de llorar (7,22), y con un plazo que corre. La fe cristiana no tiene una respuesta simple para el sufrimiento (Catecismo, n. 309), y reconoce que «los caminos de su providencia nos son con frecuencia desconocidos» (n. 314). La respuesta del libro no será una lluvia, sino una persona que no esperaba que Dios actuara como imaginaban los jefes. Francisco lo resumió así: «no pongamos nunca condiciones a Dios», porque «fiarse de Dios quiere decir entrar en sus diseños sin pretender nada, también aceptando que su salvación y su ayuda lleguen a nosotros de forma diferente de nuestras expectativas». Es la oración de Jesús en el huerto, que pide sin imponer: «no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42). En el versículo siguiente, la no-

ticia llega a oídos de una viuda (8,1). Ver el cuadro de este capítulo.

PAUSA

1. El pueblo de Betulia llegó a pensar que Dios lo había «vendido». ¿En qué momento de tu vida te has sentido abandonado por Dios, y cómo lo atravesaste?
2. Ozías dio a Dios cinco días. ¿Qué plazos o condiciones le pones tú a Dios sin darte cuenta?
3. Los sitiados dijeron: «castiga tú mismo nuestros delitos, pero no nos abandones». ¿Te fías de Dios también cuando te corrige?

Para orar. *Señor, cuando me falte el agua y se me acabe la paciencia, no me dejes ponerte plazos: enséñame a esperar tu misericordia.*

8

Judit

Cuando el plazo de Ozías empieza a correr, entra en escena la protagonista, a la que el libro ha hecho esperar siete capítulos. El capítulo tiene tres partes: el retrato de Judit, viuda, penitente, rica, hermosa y temerosa de Dios (vv. 1-8); su discurso a los ancianos, que han puesto plazo a la misericordia del Señor (vv. 9-27); y el anuncio de un plan que no revela (vv. 28-34). Judit no pide armas ni agua: devuelve a los jefes la fe que han perdido, les recuerda que la prueba educa y no destruye, y se ofrece para actuar.

La viuda de Betulia

[1] Llegaron estas palabras a oídos de la viuda Judit [1]; la cual
era hija de Merari, hijo de Idox, hijo de José, hijo de Ozías,
hijo de Elai, hijo de Jamnor, hijo de Gedeón, hijo de Ra-
faím, hijo de Aquitob, hijo de Melquías, hijo de Enán, hijo
de Natanías, hijo de Salatiel, hijo de Simeón, hijo de Ru-
bén. [2] Y fue su marido Manasés, que murió en los días de la
siega de las cebadas; [3] pues mientras iba dando prisa a los
que ataban los haces en el campo, cayó un bochorno sobre
su cabeza [2], del que vino a morir en Betulia, su patria,
donde fue sepultado con sus padres. [4] Tres años y medio [3]

eran ya pasados, desde que Judit había quedado viuda de Manasés.

5 Y en lo más alto de su casa había hecho una vivienda
separada [4], donde estaba recogida con sus criadas; 6 y ceñida de un cilicio [5], ayunaba todos los días de su vida, menos los sábados, y novilunios, y otras festividades de la casa de Israel. 7 Era Judit hermosa en extremo [6], y le había dejado su marido muchas riquezas, y numerosa familia, y posesiones llenas de vacadas y de rebaños de ovejas.
8 Y todos tenían de ella un grandísimo concepto; porque era muy temerosa de Dios, y no había quien hablase la más mínima palabra en su contra.

«¿Quiénes sois vosotros, que tentáis al Señor?»

9 Ésta, pues, cuando escuchó que Ozías había prometido que pasados cinco días entregaría la ciudad, envió a llamar a los ancianos Cabri y Carmi, 10 los cuales vinieron a ella [7], y les dijo: ¿Qué demanda es esa en que ha consentido Ozías, de entregar la ciudad a los asirios, si dentro de cinco días no tenéis socorro? 11 ¿Y quiénes sois vosotros, que así tentáis al Señor? [8] 12 No es ése el medio de atraer su misericordia; antes bien lo es de provocar su ira y encender su furor. 13 Vosotros habéis fijado plazo a la misericordia del Señor [9], y le habéis señalado día conforme a vuestro arbitrio.

14 Pero, pues que el Señor es misericordioso [10], arrepintámonos de esto mismo, y bañados en lágrimas imploremos
su indulgencia. 15 Porque no son las amenazas de Dios
como las de los hombres [11], ni él se enciende en cólera
como los hijos de los hombres. 16 Por tanto, humillemos
ante su acatamiento nuestras almas, y poseídos de un espíritu de compunción, como siervos suyos que somos,
17 pidamos con lágrimas al Señor, que del modo que sea de
su agrado, nos haga sentir los efectos de su misericordia;
para que así como la soberbia de los enemigos ha llenado
nuestro corazón de turbación y espanto, así nuestra humillación venga a ser para nosotros un motivo de gloria [12].

18 Puesto que nosotros no hemos imitado los pecados de
nuestros padres [13], que abandonaron a su Dios y adoraron
dioses extranjeros, 19 por cuya maldad fueron entregados a
la espada, y al saqueo, y al oprobio de sus enemigos; nosotros no conocemos otro Dios distinto a él. 20 Esperemos,
pues, con humildad su consolación; que él vengará nuestra sangre de la opresión en que nos tienen los enemigos, y
abatirá todas las naciones que se levantan contra nosotros,
y las cubrirá de ignominia el Señor Dios nuestro.

21 Ahora, pues, hermanos míos, ya que vosotros sois los ancianos o mayores [14] en el pueblo de Dios, y está de vosotros
pendiente su alma, alentad con vuestras palabras sus corazones, representándoles cómo nuestros padres fueron

tentados [15], para que se viese si de veras honraban a su Dios. [22] Deben acordarse cómo fue tentado nuestro padre Abrahán, y cómo después de probado con muchas tribulaciones llegó a ser el amigo de Dios [16]. [23] Así Isaac, así Jacob, así Moisés [17] y todos los que agradaron a Dios, pasaron por muchas tribulaciones, manteniéndose siempre fieles.

[24] Al contrario, aquellos que no sufrieron las tentaciones con temor del Señor, sino que manifestaron su impaciencia, y prorrumpieron en injuriosas murmuraciones contra el Señor, [25] fueron exterminados por el ángel exterminador [18], y perecieron mordidos de las serpientes. [26] Por tanto, no nos desfoguemos con quejas y murmuraciones [19] por los trabajos que padecemos; [27] antes bien, considerando que estos castigos son todavía menores que nuestros pecados, creamos que los azotes del Señor, con que como esclavos somos corregidos, nos han venido para enmienda nuestra, y no para nuestra perdición [20].

«Ruega por nosotros»

[28] A esto le dijeron Ozías y los ancianos: Todo lo que has dicho es mucha verdad, y no hay cosa que reprender en cuanto has hablado. [29] Ahora, pues, ruega por nosotros, puesto que eres una mujer santa y temerosa de Dios. [30] Les respondió Judit: Así como conocéis ser de Dios lo que aca-

bo de decir, [31] así sabréis por experiencia que es de Dios lo que tengo determinado ejecutar [21]; y entretanto haced oración a Dios, para que realice mi designio.

[32] Vosotros esta noche estaréis a la puerta de la ciudad, y yo saldré fuera con mi doncella [22]. Y orad al Señor, a fin de que dentro de los cinco días que vosotros dijisteis, vuelva benigno los ojos hacia su pueblo de Israel. [33] Mas no quiero que pretendáis indagar lo que voy a hacer [23]; y hasta que vuelva yo a avisaros, no se haga otra cosa, sino orar por mí a Dios nuestro Señor. [34] Le dijo Ozías, príncipe de Judá [24]: Vete en paz, y el Señor sea contigo para vengarnos de nuestros enemigos. Con esto, despidiéndose, se retiraron.

¿Sabías que?

El 25 de enero de 2017, en una catequesis sobre la esperanza, el papa Francisco leyó el discurso de Judit a los ancianos y exclamó: «¡Esta mujer, viuda, corre el riesgo también de quedar mal delante de los otros! ¡Pero es valiente!». Y añadió: «Y esto es algo mío, esta es una opinión mía: ¡las mujeres son más valientes que los hombres!». Al final recordó las palabras sabias de tantas mujeres humildes, y sobre todo de las abuelas, que «saben decir la palabra justa, la palabra de esperanza, porque tienen la experiencia de la vida». Judit, viuda y sin cargo alguno, fue esa palabra para los jefes de Betulia.

Mujeres que salvaron a su pueblo

Mujer	Qué hizo	Cita
Las parteras de Egipto	Desobedecen al faraón y dejan vivir a los niños	Éx 1,15-21
María, hermana de Moisés	Canta la victoria del mar	Éx 15,20-21
Rahab	Esconde a los espías de Josué	Jos 2
Débora	Juzga a Israel y va a la guerra con Barac	Jue 4 – 5
Jahel	Mata a Sísara en su tienda	Jue 4,17-22; 5,24-27
Abigaíl	Detiene la venganza de David	1 Sam 25
La mujer sabia de Abel	Salva su ciudad del asedio	2 Sam 20,16-22
Ester	Arriesga la vida ante el rey	Est 4 – 8
La madre de los siete hermanos	Los sostiene en el martirio	2 Mac 7
Judit	Libera Betulia «por mano de una mujer»	Jdt 8 – 16
María, madre de Jesús	Canta al Dios que «derriba a los poderosos»	Lc 1,46-55

El Catecismo nombra a varias de ellas entre las santas mujeres que «conservaron viva la esperanza de la salvación de Israel» y prepararon la misión de María (nn. 64 y 489). No todo lo que hicieron es modelo: los engaños de Rahab y de Jahel, como los de Judit, piden una lectura atenta (ver el ensayo del capítulo 11).

PARA PROFUNDIZAR

Judit, la viuda que enseña a esperar

El libro hace esperar a su protagonista siete capítulos. Cuando por fin aparece, el narrador se detiene en ella como en ningún otro personaje del libro: una genealogía de quince generaciones (8,1), un marido muerto en la siega (8,2-3), tres años y medio de viudez (8,4), una habitación en lo alto de la casa, cilicio y ayuno (8,5-6), belleza, riqueza y, sobre todo, temor de Dios y buen nombre (8,7-8). El retrato junta lo que parece no ir junto: penitente y rica, retirada e influyente, hermosa y austera. No es sacerdote, ni profeta, ni anciano de la ciudad; es una viuda. Y sin embargo los jefes acuden a su casa (8,10) y terminan pidiéndole que ore por ellos (8,29). San Clemente de Roma, hacia el año 96, la recordaba así: la bienaventurada Judit pidió permiso a los ancianos y salió al campamento enemigo por amor a su patria y a su pueblo sitiado (1 Clem 55).

Su discurso (8,10-27) es una pequeña teología de la prueba. Primero, a Dios no se le pone a prueba ni se le dan plazos: «Vosotros habéis fijado plazo a la misericordia del Señor» (8,13; Dt 6,16; Catecismo, n. 2119). Segundo, Dios no es como el hombre: ni amenaza como nosotros, dice la Vulgata (8,15), ni se deja amenazar, dice el griego (8,16); es libre. Tercero, la actitud justa es la humildad, las lágrimas y la oración, pidiendo misericordia «del modo que sea de su agrado» (8,17). El griego lleva esa libertad hasta el fondo: si Dios no quiere socorrerlos en los cinco días, tiene poder para protegerlos cuando quiera, o para dejarlos perecer ante sus enemigos (8,15). Judit no promete a los ancianos que Dios los sal-

vará el quinto día; les enseña a fiarse de él sin saber cómo responderá.

Después mira hacia atrás. Esta generación no ha adorado a otros dioses (8,18-19), así que su sufrimiento no es la condena de un pueblo infiel. Los padres fueron probados y permanecieron fieles: Abrahán llegó a ser «amigo de Dios» (8,22; Sant 2,23), e Isaac, Jacob y Moisés «pasaron por muchas tribulaciones, manteniéndose siempre fieles» (8,23), como dirán Pablo y Bernabé a las primeras comunidades (Hch 14,22). En cambio, los que murmuraron en el desierto perecieron (8,24-25; 1 Cor 10,9-10). El griego da un paso más, sorprendente: «demos gracias al Señor, nuestro Dios, que nos pone a prueba como a nuestros padres» (8,25).

La conclusión es la clave del capítulo: «los azotes del Señor... nos han venido para enmienda nuestra, y no para nuestra perdición» (8,27). Es la pedagogía que conocen los Proverbios y la Carta a los Hebreos: el Padre corrige al hijo que ama (Prov 3,11-12; Heb 12,5-11), y la prueba purifica la fe como el fuego el oro (1 Pe 1,6-7; Sant 1,2-4). El Catecismo habla de «la prueba, necesaria para el crecimiento del hombre interior», y pide distinguirla de la tentación que conduce al pecado (n. 2847). Hay que leer bien esta enseñanza: Judit habla de un pueblo en una prueba concreta; no da una regla para juzgar el dolor ajeno. Jesús negó que la ceguera de un hombre fuera castigo de sus pecados o de los de sus padres (Jn 9,3).

Los ancianos le dan la razón, pero siguen esperando la lluvia (8,31 en el griego). Judit tiene otro plan, y lo maneja con tres gestos: lo somete al juicio de los ancianos («comprobad si es de

Dios», dice la Vulgata en 8,31), les pide que oren y lo guarda en secreto (8,33). La fe que acaba de predicar no se queda esperando de brazos cruzados. El papa Francisco lo resumió: Judit «es valiente en la fe y en las obras»; tiene su plan y lo lleva a cabo, «pero siempre en la actitud de fe de quien acepta todo de las manos de Dios, segura de su bondad» (audiencia del 25 de enero de 2017).

Los Padres vieron en ella un modelo de viudez cristiana. San Ambrosio la presenta como prueba de que tampoco a una buena viuda le falta valentía (*Sobre las viudas* 7,37); san Jerónimo la propone, junto a Ana, la hija de Fanuel, a una viuda de su tiempo: las dos guardaron el tesoro de su castidad «con la oración y el ayuno» (*Carta* 79,10; Lc 2,36-38). Y el Leccionario de los Estados Unidos sigue leyendo este retrato (8,2-8) en las misas «para las viudas». Ver el cuadro de este capítulo.

PAUSA

1. Judit corrigió a los jefes de su ciudad sin perderles el respeto e incluyéndose en la penitencia: «arrepintámonos». ¿Cómo corriges tú a los demás?
2. «Para enmienda nuestra, y no para nuestra perdición»: ¿qué prueba de tu vida te hizo crecer, aunque al principio solo te pareciera un castigo?
3. Judit sometió su plan al juicio de los ancianos y les pidió que oraran por ella. ¿A quién consultas antes de tus grandes decisiones?

Para orar. *Señor, que no te ponga plazos ni condiciones, y que en la prueba sepa esperar tu consuelo con humildad, como Judit.*

9

La oración de Judit

Antes de actuar, Judit ora. Se viste de cilicio, se cubre de ceniza y se postra; según el griego, a la hora en que se ofrecía en Jerusalén el incienso de la tarde. La oración tiene cuatro movimientos: la memoria de Simeón y del plan eterno de Dios (vv. 1-5); el mar Rojo y la súplica contra los asirios, que amenazan el santuario (vv. 6-11); la petición más audaz, que el soberbio caiga «por mano de una mujer» (vv. 12-15), y la confesión del Dios de los humildes, a quien todas las naciones deben reconocer (vv. 16-19). El Catecismo la cuenta entre las grandes oraciones del Antiguo Testamento (n. 2585).

«Señor Dios de mi padre Simeón»

[1] Retirados que fueron éstos, Judit entró en su oratorio [1], y vistiéndose de cilicio, esparció ceniza sobre su cabeza, y postrada ante el Señor, clamaba a él diciendo: [2] Señor Dios de mi padre Simeón [2], a quien pusiste la espada en las manos para castigar aquellos extranjeros que por una infame pasión violaron y desfloraron una virgen, llenándola de afrenta [3]; [3] por cuyo motivo hiciste que sus mujeres fuesen robadas, y cautivadas sus hijas; y dividiste todos los despojos entre tus siervos que ardieron en celo de tu

honor [4]; socorre, te suplico, oh Señor Dios mío, a esta viuda [5].

4 Puesto que tú eres el que obraste antiguamente aquellas
cosas estupendas, y tienes resuelto ejecutar otras después
a su tiempo; habiéndose hecho siempre lo que has queri-
do. 5 Pues todos tus caminos están aparejados desde la
eternidad, y has fundado tus juicios en tu infalible
providencia [6].

Como a los egipcios en el mar

6 Vuelve, pues, ahora la vista sobre el campamento de los
asirios, como te dignaste en otra ocasión volverla sobre el
de los egipcios, cuando corrían sus tropas en pos de tus
siervos, confiando en sus carros armados, en su caballería,
y en la muchedumbre de sus guerreros. 7 Pero tú tendiste
la vista sobre su campamento, y quedaron envueltos en
tinieblas [7]. 8 El abismo detuvo sus pasos, y las aguas los
anegaron.

9 Así suceda con éstos, Señor, que ponen la confianza en su
gran número, y en sus carros de guerra, y se glorían en sus
picas, y en sus escudos, y en sus saetas, y en sus lanzas [8];
10 y no saben que tú eres nuestro Dios, que de tiempo anti-
guo desbaratas los ejércitos, y tienes por nombre el Señor,
esto es, Yahvé [9]. 11 Levanta tu brazo, como ya otra vez hi-
ciste, y con tu poder infinito estrella su fuerza; caiga por

tierra todo el poder de ellos al golpe de tu ira, ya que presumen violar tu santuario, y profanar el Tabernáculo dedicado a tu Nombre santo, y derribar con su espada el cornijal o la gloria de tu altar [10].

«Por mano de una mujer»

[12] Haz, Señor, que la cabeza de ese soberbio sea cortada con su propia espada [11]. [13] Sean sus ojos, fijados en mí, el lazo en que quede preso [12], y hiérele tú, oh Señor, con las afectuosas palabras que salgan de mi boca [13]. [14] Infunde constancia en mi corazón para despreciarle [14], y valor para destruirlo; [15] porque será un glorioso monumento de tu Nombre, el que sea derribado al suelo por mano de una mujer [15].

El Dios de los humildes

[16] Que no consiste, Señor, tu poder en la multitud de escuadrones [16], ni te complaces en la fuerza de la caballería; desde el principio del mundo te han desagradado los soberbios, habiéndote sido siempre grata la oración de los humildes y mansos [17]. [17] Oh Dios de los cielos, creador de las aguas y Señor de todas las criaturas [18], oye benigno a esta miserable que recurre a ti, y lo espera todo de tu misericordia.

[18] Acuérdate, Señor, de tu alianza, y ponme tú las palabras en la boca [19], y fortifica mi corazón en esta empresa; a fin

de que tu templo se mantenga siempre consagrado a tu culto, [19]y reconozcan las naciones todas que tú eres el Dios, y que no hay otro fuera de ti [20].

¿Sabías que?

En 1973, en Tel Bersabee, en el Néguev, los arqueólogos que dirigía Yohanan Aharoni encontraron, reutilizados en el muro de un almacén, los sillares de un gran altar de piedra de la época de los reyes. Reconstruido, resultó un altar con un cuerno en cada esquina, como manda el Éxodo para el altar de los holocaustos (Éx 27,2). Algunos piensan que fue desmontado en la reforma del rey Ezequías, que suprimió los santuarios fuera de Jerusalén (2 Re 18,4.22). Son los «cuernos» que los asirios amenazaban con derribar en el templo (9,11: «el cornijal») y los del altar de oro de donde sale una voz en el Apocalipsis (Ap 9,13).

Las oraciones del libro de Judit

Quién ora	Dónde	Qué pide o qué dice
Todo el pueblo	4,8-10.15-17	Que no sean arrebatados sus hijos ni profanado el santuario
Eliaquim	4,11-14	«Acordaos de Moisés», que venció orando
El pueblo de Betulia	6,14-15.21; 7,4	«Mira la soberbia de éstos»
El pueblo sediento	7,18-21	«Hemos pecado…» (solo en la Vulgata)
Ozías	7,23-24	Esperar cinco días la misericordia
Judit a los ancianos	8,14-17	Pedir con lágrimas, sin fijar plazo
Judit en su oratorio	9,1-19	«La oración de los humildes»
Judit en el campamento	10,10; 12,7-8	Que Dios dirija sus pasos
Judit junto a la cama	13,6-9	«Dame valor»
Judit al volver	13,17-21	«Alabad al Señor Dios nuestro»
Ozías y el pueblo	13,22-26	«Bendita eres… sobre todas las mujeres»
Judit y el pueblo	16,2-21	El cántico: «un himno nuevo»

Cada paso de la historia empieza o termina en oración. El Catecismo cuenta la de Judit entre los grandes textos de oración del Antiguo Testamento (n. 2585: «Jdt 9,2-14», aquí 9,2-19). La Vulgata añade la exhortación de Eliaquim y la confesión del pueblo; el griego pone la oración de Judit a la hora del incienso de la tarde (9,1).

PARA PROFUNDIZAR

La oración de Judit: «Dios de los humildes»

Judit no sale al campamento enemigo sin antes orar. El libro entero está tejido de oraciones (ver el cuadro de este capítulo), pero la suya es la más larga y la más pensada, y el Catecismo la cuenta entre los grandes textos de oración del Antiguo Testamento, junto a las de Esdras, Nehemías, Jonás y Tobit (n. 2585, que cita «Jdt 9,2-14», aquí 9,2-19). La Vulgata la sitúa en el oratorio de su casa; el griego le da una hora: «cuando se ofrecía en Jerusalén, en la casa de Dios, el incienso de aquella tarde» (9,1). Cada tarde se quemaba incienso en el santuario (Éx 30,7-8) y el pueblo oraba a esa hora (Lc 1,10); a esa hora oraron Esdras (Esd 9,5) y Daniel (Dn 9,21). Desde una ciudad sitiada, Judit une su voz a la del templo: «suba mi oración como incienso en tu presencia» (Sal 141,2; Torres Amat 140,2).

La oración empieza por la memoria. Judit recuerda a su antepasado Simeón, el pasaje más duro de su plegaria (ver nota a 9,2), y la noche del mar Rojo, cuando Dios miró el campamento egipcio y lo envolvió en tinieblas (9,6-8). Recordar lo que Dios hizo es la base de la confianza: «tú eres el que obraste antiguamente aquellas cosas estupendas, y tienes resuelto ejecutar otras después a su tiempo» (9,4). Y enseguida, una afirmación sobre el plan de Dios: «todos tus caminos están aparejados desde la eternidad» (9,5). Judit acaba de reprochar a los ancianos que hayan fijado un plazo a Dios (8,11-13); ella no le dicta lo que debe hacer, sino que le pide entrar en sus planes. Es lo que el papa Francisco subrayaba al comentar esta historia: «Fiarse de Dios quiere decir en-

trar en sus diseños sin pretender nada» (audiencia del 25 de enero de 2017).

Luego viene la súplica. El enemigo confía en su número, en sus carros y en sus lanzas (9,9), y amenaza el santuario (9,11); su pecado tiene un nombre que vuelve una y otra vez: la soberbia («ese soberbio», 9,12; «los soberbios», 9,16). Contra él, Judit pide un arma desconcertante: que Holofernes quede preso en el lazo de sus propios ojos y caiga «por mano de una mujer» (9,13.15). Aquí la Vulgata y el griego se separan: la Vulgata habla de sus «afectuosas palabras»; el griego, del «engaño» de sus labios (ver nota a 9,13). La cuestión moral que eso plantea se trata en el ensayo del capítulo 11.

El corazón de la oración es la confesión del Dios de los humildes. La Vulgata dice: «desde el principio del mundo te han desagradado los soberbios, habiéndote sido siempre grata la oración de los humildes y mansos» (9,16). El griego (9,11) lo convierte en una letanía: «Tu fuerza no está en el número, ni tu poder en los fuertes; tú eres el Dios de los humildes, el auxilio de los pequeños, el sostén de los débiles, el amparo de los abandonados, el salvador de los que no tienen esperanza». Es la teología del cántico de Ana (1 Sam 2,4-8) y la del Magníficat (Lc 1,51-53). San Juan Pablo II veía en Judit el arquetipo de «la predilección de Dios por lo que se considera frágil y débil» (audiencia del 29 de agosto de 2001), y san Pablo diría que Dios eligió lo débil del mundo para confundir a lo fuerte (1 Cor 1,27-29).

La oración termina mirando más allá de Betulia: que el templo siga consagrado a Dios y que «reconozcan las naciones todas que

tú eres el Dios, y que no hay otro fuera de ti» (9,18-19). Frente a un rey que quiere ser tenido por dios (3,13), Judit no pide solo la salvación de su ciudad, sino que Dios sea conocido.

Para el cristiano, esta página es una escuela de oración: memoria agradecida, confianza en el designio de Dios, humildad —«la humildad es la base de la oración», enseña el Catecismo (n. 2559)— y el ofrecimiento de las propias fuerzas. Porque la oración no deja a Judit quieta: en cuanto termina, «se levantó del lugar en que estaba postrada» (10,1) y se puso en camino. Francisco lo resumió en una frase: Judit «es valiente en la fe y en las obras».

PAUSA

1. Judit recordó lo que Dios había hecho por sus padres antes de pedirle nada. ¿Qué obras de Dios en tu historia te dan confianza para pedirle hoy?
2. «Te han desagradado los soberbios»: ¿en qué confías más cuando tienes miedo, en tus fuerzas o en la oración?
3. Judit oró antes de actuar. ¿Qué decisión tuya necesita primero un rato de oración?

Para orar. *Señor, Dios de los humildes, escucha mi oración y pon en mi boca palabras de verdad.*

10

Judit en el campamento asirio

La mujer que acaba de orar en cilicio se lava, se perfuma y se pone sus mejores galas. El capítulo tiene cuatro escenas: el adorno y las provisiones (vv. 1-5); la salida por la puerta de Betulia, con la bendición de los ancianos (vv. 6-10); los centinelas asirios, a quienes dice sus primeras palabras engañosas (vv. 11-16), y la llegada ante Holofernes (vv. 17-20). Todo gira en torno a la belleza de Judit y a los ojos que la miran. La Vulgata añade un versículo propio para decir de dónde venía esa belleza (v. 4).

El adorno de Judit

1 Acabado que hubo de clamar al Señor, se levantó del lugar en que estaba postrada delante del Señor. 2 Y llamó a una doncella suya [1], y bajando del oratorio a su habitación, se quitó el cilicio, se desnudó de los vestidos de viuda [2], 3 y lavó su cuerpo, y se ungió con ungüento precioso, y repartió en trenzas el cabello [3] de su cabeza, sobre la cual se puso una riquísima cofia o bonetillo [4]; y se ataviό con sus vestidos de gala, se calzó sus sandalias, se puso los brazaletes, y las manillas, y los zarcillos, y las sortijas, sin omitir adorno ninguno.

[4] Le añadió además el Señor nueva belleza [5]; porque toda esta compostura no provenía de lasciva pasión, sino de un fin santo; y por tanto el Señor dio mayor realce a su hermosura, de suerte que a los ojos de todos aparecía de una incomparable belleza. [5] Hizo llevar por su criada una botella de vino, y una tinaja de aceite, y trigo tostado, e higos secos, y panes, y queso [6], y marchó con ella.

A la puerta de Betulia

[6] Al llegar a la puerta de la ciudad, hallaron a Ozías y a los ancianos de la ciudad [7], que la estaban aguardando. [7] Los cuales, así que la vieron, quedaron en extremo asombrados de su hermosura; [8] pero sin preguntarle palabra, la dejaron pasar diciendo: El Dios de nuestros padres te dé su gracia, y con su virtud esfuerce todos los designios de tu corazón, para que Jerusalén se gloríe de ti, y sea colocado tu nombre en el número de los santos y justos [8]. [9] Y todos los que allí estaban, dijeron a una voz: ¡Amén!, ¡amén! [9] [10] Judit, orando al Señor, salió fuera de las puertas con su doncella [10].

Los centinelas asirios

[11] Y bajando por el monte casi al rayar el día, le salieron al encuentro los centinelas de los asirios, y la detuvieron diciendo: ¿De dónde vienes?, ¿y adónde vas? [11] [12] Soy una de las hijas de los hebreos, respondió, y he huido de ellos [12],

porque sé que han de ser presa de vuestras manos, por cuanto menospreciándoos, no han querido entregarse voluntariamente, y con esto ser tratados por vosotros con misericordia. [13] Por cuyo motivo pensé, y dije para conmigo: Iré a presentarme al príncipe Holofernes, para descubrirle los secretos de los hebreos [13], y darle un medio para sorprenderlos sin perder ni un hombre siquiera del ejército.

[14] Así que oyeron aquellos soldados sus palabras, quedaron contemplando su cara, y se les leía en los ojos el pasmo [14]: tan encantados estaban de su rara belleza. [15] Y le dijeron: Has salvado tu vida [15] con ese designio de venir a presentarte a nuestro príncipe y señor; [16] pues ten por cierto que al comparecer delante de él, te tratará bien, y ganarás su corazón. Con esto la condujeron al pabellón de Holofernes, declarando quién era.

Ante Holofernes

[17] Apenas estuvo ella en su presencia, quedó Holofernes inmediatamente preso de sus ojos [16]. [18] Y le dijeron sus oficiales: ¿Quién habrá que tenga en poca estima al pueblo de los hebreos, teniendo como tienen mujeres tan bellas? ¿No merecen éstas que hagamos la guerra contra ellos para adquirirlas? [17] [19] Viendo, pues, Judit a Holofernes sentado bajo de su dosel, o pabellón [18], que era de púrpura, entretejido de oro, con esmeraldas y otras piedras pre-

ciosas; [20] después de haber echado una mirada sobre él, le hizo una profunda reverencia, postrándose en tierra [19]; mas los criados de Holofernes la levantaron por mandato de su señor.

¿Sabías que?

Hacia el año 31 a. C., el poeta latino Horacio se burlaba de los soldados romanos que servían a Cleopatra con Marco Antonio: obedecían a «eunucos arrugados», y «entre las enseñas militares —¡qué vergüenza!— el sol ve el mosquitero» (Epodos 9, conopium). Para un romano, el mosquitero evocaba el lujo blando de Oriente, como el dosel de Holofernes (10,19). Del griego konopeíon, a través del latín, vienen el inglés canopy, «dosel», y el francés canapé, que pasó al castellano: la palabra latina designaba el mosquitero o pabellón de la cama; en francés pasó a nombrar un sofá y, según los diccionarios, también el bocadito servido sobre pan. En las iglesias se llamaba conopeo el velo que cubría el sagrario (ver el recuadro de Éx 40).

PARA PROFUNDIZAR

Hermosura y castidad: el arma de Judit

Pocas páginas de la Biblia insisten tanto en la belleza de una mujer. Judit era «hermosa en extremo» (8,7), y en cuanto se quita el cilicio, se lava, se perfuma y se pone sus galas (10,2-3), todos la miran: los ancianos de Betulia quedan «en extremo asombrados» (10,7), a los centinelas «se les leía en los ojos el pasmo» (10,14), Holofernes queda «preso de sus ojos» (10,17) y sus

cortesanos dicen que no hay en el mundo mujer semejante (11,19). El cántico final lo recordará: Judit venció «con el atractivo de su rostro» (16,8). En un libro donde Dios salva por medio de los débiles, la belleza es, con la palabra y con la fe, la única arma de una viuda sin ejército.

El texto no esconde lo que eso significa, y las dos versiones lo dicen de modo distinto. El griego es franco: Judit «se adornó mucho para seducir los ojos de los hombres que la vieran» (10,4), y el cántico dirá que se vistió «para engañarlo» (16,10; aquí también la Vulgata: ad decipiendum illum). La Vulgata responde a la inquietud del lector con un versículo propio: Dios le añadió nueva belleza, «porque toda esta compostura no provenía de lasciva pasión, sino de un fin santo» (10,4; ver la nota). Y subraya su castidad más que el griego: el ángel la guardó y volvió «sin mancha de pecado» (13,20); el sumo sacerdote la alaba porque «has amado la castidad» (15,11), un elogio que solo está en la Vulgata. San Jerónimo terminó su prólogo al libro así: «Recibid a la viuda Judit, ejemplo de castidad», un modelo no solo para las mujeres, sino también para los hombres. Y en una carta lo resumió en una frase: aquí «la castidad decapita a la lujuria» (Carta 54,16).

Los Padres no admiraron a Judit por su capacidad de seducir, sino por haber conservado intacta su castidad en medio del peligro. San Ambrosio escribe que su primer triunfo fue volver de la tienda del enemigo con su pureza sin mancha, y el segundo, vencer a un hombre y poner en fuga a un ejército con su consejo (Sobre los deberes III,13,82). En su tratado Sobre las viudas añade que se puso para la batalla los vestidos de alegría de su matrimonio, porque «los recuerdos del matrimonio son las armas de la

castidad», y que volvió sin mancharse «ni con la comida ni con el adulterio» (7,38-39).

La Biblia conoce la ambigüedad de la belleza. La de Sara puso en peligro a Abrahán (Gn 12,11-15), la de Betsabé arrastró a David al adulterio y al crimen (2 Sam 11), y la de Ester sirvió para salvar a su pueblo (Est 15,4-8). Los sabios advierten: «engañosa es la gracia y vana la hermosura; la mujer que teme al Señor, ésa será alabada» (Prov 31,30), y san Pedro pide a las cristianas que su adorno no sea exterior, sino el del corazón (1 Pe 3,3-4). Judit es las dos cosas: hermosa y «muy temerosa de Dios» (8,8). La belleza es un don; lo que importa es a quién sirve. El Catecismo enseña que la pureza de corazón permite ver el cuerpo humano como «una manifestación de la belleza divina» (n. 2519), y que el pudor «ordena las miradas y los gestos en conformidad con la dignidad de las personas» (n. 2521). Holofernes, que solo ve en Judit un objeto de deseo (12,16), es el que pierde.

El arte no siempre ha guardado la sobriedad del texto. Desde el Renacimiento, Judit fue uno de los temas preferidos de pintores y escultores, a veces como heroína cívica o como la virtud que vence al vicio; otros la convirtieron en mujer fatal, como Gustav Klimt en su Judit de hacia 1901, o se recrearon en la violencia de la escena (ver el recuadro de Jue 4 sobre Artemisia Gentileschi). El libro, en cambio, no describe su cuerpo ni se detiene en el deseo: dice que era hermosa, que se adornó, que todos quedaron asombrados y que volvió sin mancha. Su belleza está al servicio de su pueblo y, a través de él, de Dios; por eso el libro no termina con un elogio de la hermosura, sino con un cántico al Señor.

PAUSA

1. Judit cambió el cilicio por sus galas para servir a su pueblo. ¿Pones tus dones al servicio de los demás o de tu propia imagen?
2. Los ancianos la dejaron ir sin preguntas y la bendijeron. ¿Sabes bendecir a quien emprende algo bueno, aunque no lo entiendas del todo?
3. Holofernes quedó «preso de sus ojos». ¿Qué miradas te quitan la libertad?

Para orar. *Señor, que mi persona y mis dones sirvan a tu gloria y al bien de los míos, con un corazón limpio.*

11

Las palabras de Judit

Es el capítulo de las palabras. Holofernes tranquiliza a la recién llegada (vv. 1-3), y Judit pronuncia un discurso muy calculado (vv. 4-17): adula al general y a su rey, da por buena la doctrina de Aquior, inventa una profecía sobre el pecado de su pueblo y se ofrece como guía hasta Jerusalén, con el pretexto de salir cada noche a orar. Holofernes y sus cortesanos quedan admirados de su sabiduría (vv. 18-21). Torres Amat resumía el capítulo sin rodeos: «Holofernes se deja engañar de las palabras artificiosas de Judith». Es la página que más ha hecho pensar a los lectores del libro: ver el ensayo final.

Holofernes tranquiliza a Judit

[1] Entonces Holofernes le dijo: Cobra aliento, y destierra de
tu corazón todo temor; porque yo jamás he maltratado a
nadie que haya querido sujetarse al rey Nabucodonosor [1].
[2] Que si tu pueblo no me hubiese despreciado, no hubiera
empuñado mi lanza contra él. [3] Mas ahora dime: ¿Por qué
causa los has abandonado a ellos, y resuelto venirte entre
nosotros?

El discurso de Judit

4 Le respondió Judit: Atiende a las palabras de tu sierva [2],
porque si siguieres los consejos de tu esclava, el Señor dará
cumplimiento a tu empresa [3]. 5 Viva Nabucodonosor, rey
de la tierra [4], y viva su poder, que reside en ti para casti-
gar a todos los que van errados; pues no solamente los
hombres por tu valor le sirven, sino que hasta las bestias
del campo le obedecen. 6 Porque la prudencia de tu ánimo
es celebrada en todas las naciones, y por toda la tierra se
sabe que tú solo eres el bueno y el poderoso [5] en todo su
reino, y en todas las provincias es alabada tu pericia mili-
tar. 7 Ni se ignora lo que habló Aquior [6]; ni menos lo que
tú has dispuesto acerca de él.

8 Lo cierto es que nuestro Dios está tan indignado por
nuestras maldades, que ha enviado a decir al pueblo, por
medio de sus profetas, que lo abandona [7] en pena de sus
pecados. 9 Y como los hijos de Israel saben que tienen
ofendido a su Dios, están temblando de ti. 10 Además de
esto el hambre los acosa, y faltos de agua están ya como
muertos [8]. 11 Por lo cual han resuelto matar sus bestias,
para beberse la sangre [9]. 12 Asimismo las cosas consagra-
das al Señor Dios suyo [10], que les mandó Dios no tocaran,
como trigo, vino y aceite, han pensado valerse de ellas, y
quieren consumirlas, aunque no debían tocarlas ni aun

con las manos; y así siendo tal su proceder no hay duda que serán abandonados de Dios, y que perecerán.

13 Lo que conociendo yo, sierva tuya, hui de ellos, y el Señor me ha mandado darte aviso de todo lo dicho [11]. 14 Pues esta tu sierva adora a Dios, aun ahora que está en tu poder; y así saldrá tu sierva fuera a hacer oración a Dios [12], 15 el cual me dirá cuándo querrá castigarlos por su pecado, y yo vendré a avisártelo, de suerte que yo misma te conduciré por medio de Jerusalén [13], y verás en tu presencia a todo el pueblo de Israel como ovejas sin pastor, sin que ni un perro siquiera ladre contra ti [14]. 16 Puesto que todo lo dicho me ha sido revelado por la providencia de Dios [15]; 17 el cual indignado contra ellos, me ha enviado para anunciarte estas cosas.

«No hay en el mundo mujer semejante»

18 Todo este discurso agradó en extremo a Holofernes y a sus cortesanos; y maravillados de la sabiduría de Judit [16], se decían unos a otros: 19 No hay en el mundo mujer semejante a ésta en la gentileza, en la hermosura de rostro, ni en el hablar discretamente. 20 En fin, Holofernes le dijo: Bien ha hecho Dios, que te ha enviado delante de ese pueblo [17], para que lo pongas en nuestras manos. 21 Y pues tu promesa es tan apreciable, si tu Dios me la cumple, será también él mi Dios [18] y tú serás grande en la casa de Nabucodonosor, y celebrado tu nombre por toda la tierra.

¿Sabías que?

Dante, en el último cielo de la Divina comedia, sienta a Judit entre los bienaventurados. San Bernardo le muestra la gran rosa de los santos: a los pies de María está Eva; debajo, Raquel con Beatriz, y luego «Sara y Rebeca, Judit y aquella que fue bisabuela del cantor» del Miserere, es decir, Rut, la bisabuela de David (Paraíso XXXII, 10-12). Esas mujeres hebreas separan en la rosa a los que creyeron en Cristo que había de venir de los que creyeron en Cristo ya venido. También Rahab está en el Paraíso de Dante (ver el recuadro de Jos 2): la tradición no recordó a estas mujeres por sus ardides, sino por su fe.

Las palabras de Judit: lo que oye Holofernes y lo que sabe el lector

Judit dice	Holofernes entiende	El lector sabe
«He huido de ellos…» (10,12-13)	Una desertora con un plan de guerra	Es falso: sale con permiso de los ancianos (8,32-34), y el plan es contra él
«El Señor dará cumplimiento a tu empresa» (11,4)	Su empresa tendrá éxito	El Señor es el Dios de Israel, y la «obra perfecta» será otra
«Viva Nabucodonosor…» (11,5-6)	Lealtad y admiración	Adulación: «tú solo eres el bueno y el poderoso», títulos de Dios
«Nuestro Dios está tan indignado…» (11,8-12)	Una profecía	Un relato inventado con la lógica de Aquior (5,21-25)
«El Señor me ha mandado darte aviso» (11,13)	Dios está de su parte	Dios la envía, pero contra él
«Yo misma te conduciré por medio de Jerusalén» (11,15)	Una guía segura	Es falso
«Lo que he pensado» (12,4)	La ciudad caerá pronto	Lo que ha pensado es la muerte de él
«Eso será para mí lo mejor» (12,14)	Consiente	El convite es su ocasión (nota de Torres Amat)
«Recibo yo en este día mayor gloria» (12,18)	Un halago	Es el día de su victoria

Unas frases son de doble sentido; otras, adulación; otras, falsas. Santo Tomás enseña que Judit es alabada «no por mentir a Holofernes, sino por su deseo de salvar al pueblo» (*Suma teológica* II-II, q. 110, a. 3, ad 3); el Catecismo, que la mentira es condenable por su misma naturaleza (nn. 2482-2489). Ver el ensayo del capítulo 11.

PARA PROFUNDIZAR

¿Mintió Judit? *La verdad, la astucia y la guerra*

La pregunta es antigua. Santo Tomás, al tratar de la mentira, se pone esta objeción: si la Escritura alaba a Judit, que mintió a Holofernes, parece que no toda mentira es pecado (Suma teológica II-II, q. 110, a. 3, obj. 3). Torres Amat resumió este capítulo en 1824 con una frase sin rodeos, «Holofernes se deja engañar de las palabras artificiosas de Judith», y dedicó a la cuestión dos notas largas (10,12 y 11,11).

Las palabras de Judit no son todas iguales (ver el cuadro de este capítulo). Algunas son de doble sentido: «el Señor dará cumplimiento a tu empresa» (11,4), «lo que he pensado» (12,4), «eso será para mí lo mejor» (12,14), «recibo yo en este día mayor gloria» (12,18). Otras son adulación (11,5-6). Otras son falsas: que ha huido de los suyos (10,12), que Dios ha anunciado por sus profetas que abandona a su pueblo y que los sitiados van a comer la sangre y las cosas consagradas (11,8-12), que guiará a Holofernes hasta Jerusalén (11,15) y que todo le ha sido revelado (11,16). El griego es claro: Judit pide a Dios que hiera al enemigo «por el engaño de mis labios» (9,10.13), y el cántico dirá que se vistió «para engañarlo» (16,10; ver también nota a 12,16).

¿Qué dice la tradición? San Agustín enseñó que ninguna mentira es justa: los ejemplos de mentira que trae la Escritura, o no son mentiras, aunque lo parezcan, o, si lo son, no deben imitarse (Contra la mentira, 31). De Jacob, que dijo «yo soy Esaú», sostuvo que su palabra era figura: «no es mentira, sino misterio» (n. 24); de las parteras de Egipto y de Rahab, que Dios premió su miseri-

cordia, no su engaño (n. 32). Santo Tomás aplica el criterio a Judit: algunos son alabados no por una virtud perfecta, sino por un buen deseo que los movió a hacer cosas indebidas; así, Judit es alabada «no por mentir a Holofernes, sino por su deseo de salvar al pueblo, por el que se expuso al peligro», aunque sus palabras puedan encerrar una verdad en sentido místico (q. 110, a. 3, ad 3). En el mismo artículo precisa que no es lícito mentir ni siquiera para librar a otro de un peligro, aunque sí ocultar prudentemente la verdad (ad 4); y al tratar de la guerra, que es lícito ocultar los propios planes al enemigo, pero nunca engañarlo diciendo algo falso o rompiendo una promesa (q. 40, a. 3).

Torres Amat dudó. En la primera nota prefería pensar que Judit, que había pedido a Dios las palabras, «habló misteriosamente», como Jacob, porque es menor inconveniente no entender un sentido profético que atribuir a una santa «un tejido de ficciones». En la segunda admite que, tomado a la letra, el discurso no deja lugar para excusarla, y se queda con santo Tomás y san Ambrosio: Judit merece alabanza por la caridad con que procuró la salvación de su pueblo. La primera convence hoy poco: nada sugiere un sentido profético en frases como «he huido de ellos».

El Catecismo da los criterios. La mentira consiste en «decir falsedad con intención de engañar» (n. 2482) y «es condenable por su misma naturaleza» (n. 2485), y «el fin no justifica los medios» (n. 1753). Pero el derecho a conocer la verdad no es incondicional: «nadie está obligado a revelar una verdad a quien no tiene derecho a conocerla», y el bien del prójimo puede pedir callar o usar un lenguaje discreto (nn. 2488-2489). Judit podía callar su plan y

hablar con prudencia, y ahí caben muchas de sus frases de doble sentido; las afirmaciones falsas, no.

La Escritura narra sin aprobarlo todo, y el Antiguo Testamento contiene «elementos imperfectos y pasajeros» (Catecismo, n. 122). Judit pertenece a la familia de las parteras de Egipto (Éx 1,19), de Rahab (Jos 2; ver allí el ensayo «Rahab, la cananea que creyó») y de Jael (Jue 4,18-20): sirvieron al pueblo de Dios con medios que el Evangelio no permite. La Iglesia alaba en Judit su fe, su valor, su castidad y el amor a su pueblo por el que arriesgó la vida (1 Clem 55); su astucia, no. Jesús pide que nuestro hablar sea «sí, sí; no, no» (Mt 5,37) y llama al diablo «padre de la mentira» (Jn 8,44). Y el mismo libro pone la verdad en boca de un pagano: Aquior, que se negó a decir «palabra falsa» (5,5) y terminó creyendo en el Dios de Israel (14,6).

PAUSA

1. Judit mezcló verdades y falsedades por una buena causa. ¿Hay en tu manera de hablar medias verdades que te parecen justificadas?
2. Holofernes dijo: «si tu Dios me la cumple, será también él mi Dios». ¿Pones condiciones a Dios?
3. ¿Sabes callar con prudencia sin faltar a la verdad?

Para orar. *Señor, que mi palabra sea sí cuando es sí, y no cuando es no, y que nunca sirva a la mentira.*

12

Tres noches de oración y un banquete

Judit pasa tres días en el campamento asirio sin comer la comida de los paganos y saliendo cada noche a lavarse y a orar en el valle (vv. 1-9). Al cuarto día, Holofernes da un banquete y manda a su eunuco Vagao que la convenza para que se entregue a él (vv. 10-14). Judit acepta con palabras de doble sentido, se adorna, come lo que le ha preparado su criada y deja que Holofernes beba como nunca en su vida (vv. 15-20). El capítulo está hecho de contrastes: la pureza de Judit y el deseo del general, la mesa propia y la ajena, la sobriedad y la embriaguez.

La comida de Judit

[1] Entonces mandó que la condujesen donde se guardaban
sus tesoros [1], y que se quedase allí, y señaló lo que debía
dársele de su mesa. [2] Judit le respondió, y dijo: No podré
ahora comer de esas cosas que mandas darme [2], por no
acarrear contra mí la indignación de Dios; sino que come-
ré de lo que he traído conmigo. [3] Le replicó Holofernes: ¿Y
qué haremos cuando ya te lleguen a faltar las provisiones
que has traído? [4] Yo juro por tu vida, oh mi señor [3], res-
pondió Judit, que no consumirá tu sierva todo lo que trae
consigo, antes que cumpla Dios por mi medio lo que he

pensado [4]. En seguida los criados de Holofernes la acompañaron al alojamiento que había mandado.

Tres noches de oración

[5] Donde, así que entró, pidió el permiso de salir fuera por la noche y antes de amanecer [5], para hacer oración e invocar al Señor. [6] Dio, pues, Holofernes orden a sus camareros que la dejasen salir y entrar como quisiere, durante tres días, a adorar a su Dios. [7] Con esto salía por las noches al valle de Betulia, y antes de orar se lavaba en una fuente de agua [6]. [8] Y al volver oraba al Señor Dios de Israel, para que dirigiese sus pasos para lograr la libertad de su pueblo [7]. [9] Y volviéndose a su pabellón purificada [8], permanecía allí hasta que al anochecer tomaba su alimento.

La invitación de Vagao

[10] A los cuatro días celebró Holofernes una cena o convite [9] con sus domésticos, y dijo a Vagao su eunuco [10]: Anda y persuade a esa hebrea que de su voluntad se resuelva a cohabitar conmigo. [11] Porque es cosa vergonzosa entre asirios que una mujer se burle de un hombre [11], logrando salir libre de sus manos. [12] Entonces Vagao fue adonde estaba Judit, y le dijo: No tengas reparo, oh hermosa dama [12], de venir a casa de mi señor, para ser honrada de él, y comer en su compañía, y beber vino y alegrarte.

13 Le respondió Judit: ¿Quién soy yo para que ose contradecir a mi señor? [13] 14 Haré todo lo que él guste y mejor le
parezca, y cuanto sea de su agrado, eso será para mí lo mejor en todos los días de mi vida [14].

El banquete

15 Se levantó, pues, y adornándose con todas sus galas, entró a presentarse delante de él. 16 Se conmovió el corazón de Holofernes así que la vio; porque ardía en deseos de poseerla [15]; 17 y le dijo: Bebe ahora, y ponte a comer alegremente; porque me has caído en gracia. 18 Le contestó Judit: Beberé, oh señor, pues que recibo yo en este día mayor gloria que en todos los demás de mi vida [16]. 19 Tomó después de lo que su doncella le había dispuesto [17], y comió y bebió de ello en su presencia. 20 Por su causa rebosaba Holofernes de contento; el cual bebió vino sin medida, más de lo que nunca en su vida había bebido [18].

¿Sabías que?

En los banquetes de persas, griegos y romanos se comía recostado, apoyado en el codo: era la postura de los libres y de los ricos. El griego de Judit cuenta que su criada le extendió en el suelo, frente a Holofernes, unas pieles para que comiera recostada (12,15), y en la Vulgata Holofernes le dice: «bebe, y recuéstate (accumbe) alegremente» (12,17). El banquete de Asuero tenía «canapés o tarimas de oro y plata» (Est 1,6). La Misná manda que en la noche de Pascua «ni el más pobre de Israel coma sin estar recostado» (Pesajim 10,1), como un hombre libre; en la Última Cena, el discípulo amado estaba recostado junto al pecho de Jesús (Jn 13,23-25).

PAUSA

1. Judit fue fiel a la Ley incluso en la mesa del enemigo. ¿Dónde te cuesta más ser coherente con tu fe?
2. Cada noche pedía a Dios que dirigiera sus pasos. ¿Pones tus planes en sus manos antes de llevarlos a cabo?

Para orar. *Señor, guía mis pasos en la noche y guárdame sobrio y fiel en medio de la fiesta.*

13

La cabeza de Holofernes

Es la noche decisiva, contada con una sobriedad sorprendente. En la tienda (vv. 1-11), Judit queda a solas con Holofernes, dormido de borracho; ora en pie, con lágrimas, y le corta la cabeza con su propia espada. En Betulia (vv. 12-21) muestra la cabeza y atribuye la victoria a Dios, que la ha guardado sin mancha. Siguen las bendiciones (vv. 22-26): Ozías la llama «bendita... sobre todas las mujeres de la tierra», palabras que la Iglesia aplicará a María. Al final (vv. 27-31), Aquior reconoce la cabeza de quien lo había condenado. El narrador apenas se detiene en el golpe; se detiene en la oración y en la alabanza.

En la tienda de Holofernes

1 Haciéndose ya tarde, retirándose pronto los criados de
Holofernes a sus alojamientos, Vagao cerró la puerta de la
cámara o gabinete [1], y se fue. 2 Es de advertir que todos es-
taban tomados del vino [2]. 3 Quedó, pues, Judit sola en el
gabinete. 4 Y Holofernes estaba tendido en la cama, dur-
miendo profundamente a causa de su extraordinaria
embriaguez [3]. 5 Entonces dijo Judit a su doncella que estu-
viese fuera en observación [4], a la puerta de la cámara.

6 Y se puso Judit en pie delante de la cama, y orando con
lágrimas, y moviendo apenas los labios [5], 7 dijo: Dame va-

lor, oh Señor Dios de Israel, y favorece en este trance la empresa de mis manos, para que sea por ti ensalzada, como lo tienes prometido, tu ciudad de Jerusalén; y ejecute yo el designio que he formado [6], contando con tu asistencia para llevarlo a cabo. [8] Dicho esto se arrimó al pilar que estaba a la cabecera de la cama de Holofernes, y desató la espada que colgaba de él [7], [9] y habiéndola desenvainado, asió a Holofernes por los cabellos de la cabeza, y dijo: Señor Dios mío, dame valor en este momento. [10] Y le dio dos golpes en la cerviz [8], y le cortó la cabeza, y desprendiendo de los pilares el cortinaje, volcó al suelo su cadáver hecho un tronco. [11] De allí a poco salió y entregó la cabeza de Holofernes a su criada, mandándole que la metiese en su talego [9].

El regreso a Betulia

[12] Y se salieron afuera las dos según costumbre, como para ir a la oración [10]; y atravesando el campamento y dada la vuelta al valle, llegaron a la puerta de la ciudad. [13] Judit desde lejos gritó a los centinelas de la muralla: Abrid las puertas, porque Dios es con nosotros [11], y ha obrado una maravilla en Israel. [14] Así que los centinelas reconocieron su voz, llamaron a los ancianos de la ciudad. [15] Y vinieron corriendo a ella todos, pequeños y grandes; como que ya estaban desesperanzados de su vuelta; [16] y encendiendo luminarias, se pusieron todos alrededor de ella. Judit, su-

biendo a un sitio elevado, mandó guardar silencio; y así que todos callaron,

17 habló de esta manera: Alabad al Señor Dios nuestro [12],
que no ha desamparado a los que han puesto en él su confianza; 18 y por medio de mí, esclava suya [13], ha dado una
muestra de aquella misericordia que prometió a la casa de
Israel; y ha quitado la vida esta noche por mi mano al
enemigo de su pueblo. 19 Y sacando del talego la cabeza de
Holofernes, se la mostró, diciendo: Mirad la cabeza de Holofernes, general del ejército de los asirios, y éste es el cortinaje o mosquitero [14] dentro del cual yacía sumergido en
la embriaguez, y donde Dios nuestro Señor lo ha degollado
por mano de una mujer [15]. 20 Y os juro por el mismo Señor, que su ángel me ha guardado [16], así al ir de aquí,
como estando allí, y al volver acá; y no ha permitido el Señor que yo, su sierva, fuese violada; sino que me ha restituido a vosotros sin mancha de pecado, colmada de gozo al
ver que mi Dios queda victorioso, que yo me he escapado,
y que vosotros quedáis libertados. 21 Alabadle todos por su
bondad y porque es eterna su misericordia [17].

La bendición de Ozías

22 Entonces todos, adorando al Señor, dijeron a Judit: El
Señor ha derramado sobre ti sus bendiciones, comunicándote su poder; pues por medio de ti ha aniquilado a nuestros enemigos. 23 En especial Ozías, cabeza del pueblo de

Israel, le dijo: Bendita eres del Señor Dios altísimo tú, oh hija mía, sobre todas las mujeres de la tierra [18]. [24] Bendito sea el Señor, creador del cielo y de la tierra, que dirigió tu mano para cortar la cabeza del caudillo de nuestros enemigos [19]. [25] Porque hoy ha hecho tan célebre tu nombre, que no cesarán jamás de publicar tus alabanzas cuantos conservaren en los siglos venideros la memoria de los prodigios del Señor; pues no has temido exponer tu vida por tu pueblo [20], viendo las angustias y la tribulación de tu gente, sino que has acudido a nuestro Dios para impedir su ruina. [26] A lo que respondió todo el pueblo: ¡Amén!, ¡amén!

Aquior ante la cabeza de Holofernes

[27] Después, llamado Aquior, compareció, y le dijo Judit: El Dios de Israel, de quien tú testificaste que sabe tomar venganza de sus enemigos, él mismo ha cortado esta noche por mi mano la cabeza del caudillo de todos los incrédulos [21]. [28] Y para que conozcas la verdad de lo que te digo, mira la cabeza de Holofernes, el que con su orgulloso desprecio vilipendió al Dios de Israel, y te amenazó con la muerte, diciendo: Cautivado que haya yo al pueblo de Israel, mandaré atravesarte el costado con la espada [22]. [29] Mas Aquior al mirar la cabeza de Holofernes, sobrecogido de pavor, cayó sobre su rostro en tierra, y quedó sin sentido. [30] Pero luego que recobrando el aliento volvió en

sí, se arrojó a los pies de Judit, y adorándola [23], dijo:
[31] Bendita tú eres de tu Dios en todos los tabernáculos o posteridad de Jacob [24]; pues en todas las naciones que oyeren decir tu nombre, será glorificado por causa de ti el Dios de Israel.

¿Sabías que?

Caravaggio pintó hacia 1599-1602 su *Judit y Holofernes*, que se conserva en Roma, en la Galería Nacional de Arte Antiguo del Palacio Barberini: Judit, muy joven, corta el cuello con el brazo extendido y gesto de repugnancia, mientras una criada anciana espera con el saco abierto. Artemisia Gentileschi, de cuya vida habla el recuadro de Jue 4, pintó la escena al menos dos veces: hacia 1612-1613 (Museo de Capodimonte, Nápoles) y hacia 1620 (Galería de los Uffizi, Florencia). En sus cuadros, la criada ayuda a sujetar al general, y en el de Florencia la sangre salpica el vestido de Judit. Según los Uffizi, Artemisia tuvo que esperar para cobrar ese lienzo del gran duque Cosme II, y lo consiguió con la ayuda de su amigo Galileo Galilei. En la Biblia, en cambio, la criada espera fuera (13,5), y el relato no se detiene en la sangre.

Cabezas cortadas: trofeos de victoria en la Biblia

Quién	De quién	Cita
Gedeón	Oreb y Zeb, príncipes de Madián: los de Efraín le llevan sus cabezas	Jue 7,25
David	Goliat, con la espada del propio gigante; la cabeza, llevada a Jerusalén	1 Sam 17,51.54
Los filisteos	Saúl: la cabeza, al templo de Dagón; el cuerpo, al muro de Betsán	1 Sam 31,9-10; 1 Cr 10,10
Recab y Baaná	Isbóset, muerto en su lecho; David castiga a los asesinos	2 Sam 4,7-12
Los de Abel	Sebá, el rebelde: por consejo de una mujer sabia, arrojan su cabeza por la muralla	2 Sam 20,16-22
Los de Samaría	Los setenta hijos de Ajab, en cestas, a la puerta de Jezrael	2 Re 10,7-8
Judit	Holofernes, con su propia espada; la cabeza, colgada en la muralla	Jdt 13,10.19; 14,1.7
Judas Macabeo	Nicanor: cabeza y mano, a la vista de Jerusalén; y una fiesta anual	1 Mac 7,47-49; 2 Mac 15,30-36
Herodías	Juan Bautista: la cabeza, en una bandeja	Mc 6,24-28
Jahel	Sísara, dormido: sin espada, con una estaca en la sien	Jue 4,21; 5,26

En las guerras antiguas, la cabeza del jefe enemigo era la prueba de la victoria y su trofeo: los relieves de Asurbanipal muestran la del rey Teumán de Elam colgada de un árbol en Nínive. La Biblia cuenta estas escenas sin hacer de ellas una norma, y en el Evangelio la cabeza en la bandeja es la del profeta inocente. San Jerónimo vio en Judit una figura de la Iglesia «que corta la cabeza del diablo» (*Carta* 79,10).

PARA PROFUNDIZAR

La cabeza de Holofernes: la violencia, la liberación y la mano de una mujer

Pocas escenas bíblicas se han pintado tanto, y pocas incomodan tanto al lector de hoy: una mujer corta la cabeza a un hombre dormido y la muestra a la multitud. Conviene empezar por lo que el texto dice, y por cómo lo dice. El narrador gasta muchas palabras en la oración (13,6-9), en el regreso y en la alabanza (13,12-26), y muy pocas en el golpe: «le dio dos golpes en la cerviz, y le cortó la cabeza» (13,10). No hay burla ni ensañamiento. Judit ora con lágrimas, usa la espada del propio Holofernes, guarda la cabeza en la alforja de su comida pura, vuelve «como para ir a la oración» y lo primero que dice en Betulia es «Alabad al Señor». El griego reconoce sin rodeos que su rostro «lo engañó» (13,16 del griego); la Vulgata subraya que volvió «sin mancha de pecado» (13,20).

El contexto pesa. Holofernes no es un inocente: es el general de un imperio que quiere ser adorado (3,13; 6,2), que tiene sitiada una ciudad muerta de sed y que ha jurado matar a sus jóvenes y llevarse esclavas a sus vírgenes (16,6; ver 4,10 y 7,16). El libro cuenta una guerra de supervivencia, y lo hace con las convenciones de las guerras antiguas, en las que la cabeza del jefe enemigo era la prueba de la victoria y su trofeo. Un relieve asirio de Nínive muestra la cabeza del rey Teumán de Elam colgada de un árbol mientras Asurbanipal banquetea con su reina (ver nota a 14,1), y la Biblia cuenta escenas parecidas (ver el cuadro «Cabezas cortadas»). Lo propio de este relato es la inversión: el imperio que

exhibía cabezas pierde la de su general, y la pierde «por mano de una mujer» (9,15; 13,19; 16,7), como Sísara a manos de Jahel (Jue 4,9.21). Dios escoge «lo que era tenido por impotente y débil» (Catecismo, n. 489; 1 Cor 1,27).

La Iglesia no propone la escena como modelo para imitar al pie de la letra. Enseña que la legítima defensa puede ser «no solamente un derecho, sino un deber grave, para el que es responsable de la vida de otro» (Catecismo, n. 2265), con condiciones estrictas (n. 2309), y que el deseo de venganza y el odio son pecado (nn. 2302-2303). La Comisión Bíblica pide leer los textos violentos de la Biblia sin minimizar el malestar que causan, en el conjunto de la Escritura y a la luz del amor a los enemigos que enseña Jesús (Mt 5,38-48; *Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 125). Santo Tomás alababa en Judit no el engaño, sino el deseo de salvar a su pueblo, por el que se expuso al peligro (*Suma teológica* II-II, q. 110, a. 3, ad 3). Las preguntas por sus palabras y por su belleza tienen su lugar en los ensayos de los capítulos 10 y 11. Y aunque muchos estudiosos leen el libro como un relato didáctico (ver el ensayo del capítulo 1), eso cambia el género, no la pregunta moral.

Los Padres leyeron la escena en clave espiritual. San Jerónimo escribía que aquí «una mujer vence a los hombres, y la castidad decapita a la lujuria» (*Carta* 54,16); veía en Judit «una figura de la Iglesia, que corta la cabeza del diablo» (*Carta* 79,10), y decía que con la venida de Cristo «la casta Judit cortó otra vez la cabeza de Holofernes» (*Carta* 22,21). Los cristianos oyeron además en la bendición de Ozías (13,24) un eco de la promesa de Gn 3,15, la mujer que quebranta la cabeza de la serpiente: es una lectura cristia-

na, no la intención del autor, pero ha marcado la liturgia de la Inmaculada. Miguel Ángel pintó a Judit en una de las cuatro esquinas de la bóveda de la Capilla Sixtina, junto a David y Goliat, la serpiente de bronce y el castigo de Amán: cuatro salvaciones de Israel.

Desde el bronce de Donatello hasta los lienzos de Caravaggio y Artemisia Gentileschi, el arte ha llevado la mirada a la sangre o a la seducción. El libro la lleva a otra parte. La pregunta de toda la historia es quién es Dios, y la cabeza de Holofernes en el muro de Betulia (14,7) es la respuesta: ningún poder que pretende ocupar el lugar de Dios es invencible. Por eso el capítulo no termina con el golpe, sino con un amonita que reconoce al Dios de Israel y con un pueblo que dice: «¡Amén!».

PAUSA

1. Judit oró con lágrimas antes de actuar. ¿Llevas a la oración tus decisiones más difíciles antes de tomarlas?
2. Lo primero que dijo al volver fue «Alabad al Señor», no lo que ella había hecho. ¿A quién atribuyes tus logros?
3. Aquior vio cumplido de golpe lo que él mismo había anunciado. ¿Qué verdad de Dios has visto cumplirse en tu vida?

Para orar. *Señor, sostenme en la hora difícil, y que toda victoria mía termine en alabanza tuya.*

14

El campamento sin cabeza

Judit dirige ahora la batalla: la cabeza en la muralla, una salida fingida al amanecer, y el pánico hará el resto (vv. 1-5). Aquior, que ha visto el prodigio, cree en Dios y entra en el pueblo de Israel (v. 6). El resto del capítulo nos lleva al campamento asirio: las avanzadas, los capitanes, el miedo a despertar al general, Vagao que llama con palmadas ante la cortina, el cuerpo sin cabeza y el grito: «Una mujer hebrea ha cubierto de afrenta la casa del rey Nabucodonosor» (v. 16). El narrador disfruta de la ironía: los que llamaban «ratones» a los israelitas tiemblan ahora ante un cadáver.

El plan de Judit y la fe de Aquior

1 Entonces Judit dijo a todo el pueblo: Escuchadme, hermanos míos: Colgad esa cabeza en lo alto de nuestros muros [1]; 2 y así que apunte el sol, tome cada uno sus armas, y salid con gran ruido, no para descender realmente abajo, sino aparentando que vais a acometerlos [2]. 3 Al momento irán las avanzadas a despertar a su comandante para el combate [3]. 4 Y cuando los capitanes corran al pabellón de Holofernes y hallen a éste sin cabeza, revolcado en su propia sangre, quedarán poseídos de pavor [4]. 5 Vosotros, advirtiendo que huyen, corred a su alcance sin

ningún temor, porque el Señor hará que los holléis con vuestros pies [5].

[6] Entretanto Aquior viendo el prodigio que obró Dios a favor de Israel, abandonados los ritos gentílicos, creyó en Dios, y se circuncidó [6], y quedó incorporado en el pueblo de Israel, como lo está toda su descendencia hasta hoy día.

El despertar del campamento

[7] Así, pues, que amaneció, colgaron la cabeza de Holofernes en lo alto de los muros [7], y cogiendo cada cual sus armas, salieron fuera con gran estruendo y algazara. [8] Al ver esto las avanzadas, corrieron al pabellón de Holofernes. [9] Los que estaban allí de guardia acercándose a la puerta de la cámara, hacían ruido para despertarlo procurando adrede interrumpirle el sueño [8], a fin de que sin ser llamado, se despertase con el ruido. [10] Y es que nadie osaba abrir, ni llamar a la puerta de la cámara del caudillo de los asirios.

[11] Pero habiéndose reunido allí los capitanes y tribunos, y todos los oficiales generales del ejército del rey de los asirios, dijeron a los camareros: [12] Entrad y despertadlo, porque han salido los ratones de sus agujeros [9], y tienen la osadía de provocarnos a batalla. [13] Entonces Vagao, entrando en la cámara, se paró delante de la cortina, y dio palmadas con sus manos [10], pues se imaginaba que Holo-

fernes estaba durmiendo con Judit. [14] Pero aplicando el
oído y no percibiendo ni el más leve movimiento, cual suele hacer una persona dormida, se arrimó más a la cortina
de la puerta, y alzándola, y viendo el cadáver de Holofernes sin cabeza, tendido en tierra y bañado en su propia
sangre, prorrumpió en grandes gritos y lágrimas, y rasgó
sus vestidos [11].

[15] Y habiendo entrado en el alojamiento de Judit, no la encontró. Con esto salió corriendo fuera a la gente, [16] y dijo:
Una mujer hebrea ha cubierto de afrenta la casa del rey
Nabucodonosor [12]; porque ahí tenéis a Holofernes tendido en tierra y sin cabeza. [17] Al oír esto los jefes del ejército
de los asirios, todos rasgaron sus vestidos, y se apoderó de
ellos un excesivo temor y temblor [13], y una grandísima
perturbación de ánimo. [18] Y se movió luego una gritería espantosa por todo el campamento [14].

¿Sabías que?

Hacia 1734, el poeta Pietro Metastasio escribió para el emperador Carlos VI el libreto *La Betulia liberata*, que pusieron en música una treintena de compositores. El más famoso, Mozart, lo compuso en 1771, a los quince años (K. 118): fue el único oratorio de su vida, y no llegó a oírlo representado. En la segunda parte, Aquior discute con Ozías cómo se puede conocer a Dios y, cuando Judit vuelve con la cabeza de Holofernes, canta su conversión en el aria «Te solo adoro», «Solo a ti te adoro». En 1812, siendo alumno de Antonio Salieri, el joven Franz Schubert compuso como ejercicio una versión de esa misma aria.

PAUSA

1. Aquior creyó al ver lo que Dios había hecho por Israel. ¿Qué obras de Dios en la vida de otros te han ayudado a creer?
2. Los asirios llamaban «ratones» a los israelitas. ¿A quién desprecias tú por débil o insignificante?
3. Nadie se atrevía a despertar al general. ¿Hay poderes en tu vida a los que temes más que a Dios?

Para orar. *Señor, que como Aquior te reconozca en tus obras y me una sin miedo a tu pueblo.*

15

«Tú eres la gloria de Jerusalén»

El miedo hace lo que ningún ejército de Israel podía: los asirios huyen sin plan ni jefe, y los israelitas los persiguen hasta las fronteras (vv. 1-6). Los de Betulia recogen el botín (vv. 7-8). En el centro del capítulo, el sumo sacerdote Joacim sube de Jerusalén con los ancianos y bendice a Judit: «Tú eres la gloria de Jerusalén; tú la alegría de Israel; tú la honra de nuestra nación» (v. 10), palabras que la Iglesia canta de la Virgen. Siguen treinta días de botín, los bienes de Holofernes entregados a Judit y la fiesta del pueblo, que el griego describe como una danza de mujeres guiada por ella.

La huida de los asirios

1 Así que supo todo el ejército que Holofernes había sido
degollado, perdieron todos el seso y quedaron sin saber
qué hacer; y agitados de solo el terror y el miedo [1], no ha-
llaron otro remedio que la fuga. 2 De manera que ninguno
consultaba ni siquiera con su compañero, sino que
cabizbajos [2], abandonándolo todo, se daban prisa a esca-
par de los hebreos, que oían venir armados contra ellos, y
a huir por las sendas de los campos y veredas de los colla-
dos. 3 Viéndolos, pues, huir, los israelitas los persiguieron.
Y así bajaron del monte tocando las trompetas y dando

grandes gritos [3] en pos de ellos. [4] Y como los asirios iban desparramados, huyendo precipitadamente, los israelitas, formados en buen orden, los perseguían, destrozando a cuantos encontraban [4].

[5] Al mismo tiempo Ozías despachó mensajeros [5] a todas las ciudades y provincias de Israel. [6] Con lo que de todas las provincias y ciudades salió armada en pos de los enemigos la juventud más escogida, que los fue persiguiendo y acuchillando hasta llegar a los últimos términos del país.

[7] Entretanto los vecinos que quedaron en Betulia [6] entraron en el campamento de los asirios, y cogieron los despojos que éstos abandonaron al huir, de que volvieron bien cargados. [8] Asimismo los que victoriosos del enemigo regresaron a Betulia, trajeron consigo todo lo que habían tomado a los asirios, en tanta abundancia, que no podían contarse los ganados y bestias y las alhajas; y así es que todos quedaron ricos con este botín, desde el menor hasta el mayor.

La bendición del sumo sacerdote

[9] En seguida Joacim, sumo sacerdote [7], vino de Jerusalén a Betulia con todos sus ancianos o senadores para ver a Judit; [10] y habiendo salido ella a recibirlo, todos a una voz la bendijeron, diciendo: Tú eres la gloria de Jerusalén; tú la

alegría de Israel; tú la honra de nuestra nación [8]. [11] Porque
te has portado con varonil esfuerzo [9], y has tenido un co-
razón constante; porque has amado la castidad [10], y no
has conocido otro varón que a tu difunto marido; por esto
también la mano del Señor te ha confortado, y por lo mis-
mo serás bendita para siempre. [12] A lo que respondió todo
el pueblo: ¡Amén!, ¡amén! [11]

[13] Apenas bastaron treinta días [12] para que el pueblo de Is-
rael acabase de recoger los despojos de los asirios. [14] Pero
todas las cosas que se conoció haber sido propias de Holo-
fernes, así oro, como plata, y vestidos, y pedrería, y toda
suerte de muebles, se las dieron a Judit [13]; todo se lo en-
tregó el pueblo. [15] Y todos, así hombres como mujeres,
doncellas y jóvenes [14], estaban llenos de regocijo, cantan-
do al son de órganos y de cítaras [15].

¿Sabías que?

Hacia 1457-1464, Donatello fundió en bronce una Judit de pie, con la espada en alto y la cabeza de Holofernes asida por el cabello, para la fuente del jardín del palacio de los Médici en Florencia. Según fuentes antiguas, su pedestal llevaba una inscripción latina: «Los reinos caen por el lujo; las ciudades se levantan por las virtudes: mira el cuello soberbio cortado por una mano humilde». En 1495, expulsados los Médici, la república la trasladó a la plaza de la Señoría, junto a la puerta del Palazzo Vecchio, como emblema de la libertad de la ciudad frente a los tiranos. Hoy el original restaurado está dentro del palacio, en la sala de los Lirios, y una copia ocupa su lugar en la plaza. Florencia leyó a Judit como el sumo sacerdote: la honra de un pueblo (15,10).

Judit y María

Judit *en este libro*	**María** *en el evangelio*	**La Iglesia** *cómo las une*
«Bendita eres... sobre todas las mujeres de la tierra» (13,23)	«Bendita tú entre las mujeres» (Lc 1,42)	Laudes de la Inmaculada; salmo responsorial de fiestas de la Virgen (Leccionario de EE. UU.)
«Tú eres la gloria de Jerusalén» (15,10)	—	Antífona de Vísperas de la Inmaculada
«Esclava suya» (13,18); «no cesarán jamás de publicar tus alabanzas» (13,25)	«La esclava del Señor»; «me llamarán bienaventurada» (Lc 1,38.48)	—
Dios escucha «la oración de los humildes» (9,16)	«Derribó a los poderosos y ensalzó a los humildes» (Lc 1,52)	Juan Pablo II (29 de agosto de 2001)
«Por mano de una mujer» (9,15; 13,19; 16,7)	La mujer que quebranta la cabeza de la serpiente (Gn 3,15, Vulgata; Ap 12)	Lectura cristiana; Benedictus de la Inmaculada
«Sin mancha de pecado» (13,20)	Preservada de toda mancha de pecado original	Acomodación, no prueba (Catecismo, n. 491)
Vence con la espada y con engaño (13,10; 16,10)	Vence por la fe: «hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38)	La figura prepara, no iguala

Judit está entre las santas mujeres que prepararon la misión de María (Catecismo, nn. 64 y 489). La figura anuncia en su humildad y en su alabanza, no en sus medios.

PARA PROFUNDIZAR

«Tú eres la gloria de Jerusalén»: Judit, figura de María

Dos escenas del final del libro han pasado a la oración de la Iglesia. Después de la noche de Betulia, Ozías bendice a Judit: «Bendita eres del Señor Dios altísimo tú, oh hija mía, sobre todas las mujeres de la tierra» (13,23), y le promete que no cesarán sus alabanzas (13,25). Días después, el sumo sacerdote y los ancianos de Jerusalén la aclaman: «Tú eres la gloria de Jerusalén; tú la alegría de Israel; tú la honra de nuestra nación» (15,10). El lector cristiano oye enseguida el evangelio de Lucas: Isabel dice a María «Bendita tú entre las mujeres» (Lc 1,42); María se llama «esclava del Señor» (Lc 1,38), como Judit se llamó «esclava suya» (13,18); canta que la llamarán bienaventurada todas las generaciones (Lc 1,48) y que Dios «derribó de sus tronos a los poderosos y ensalzó a los humildes» (Lc 1,52), como Judit había dicho que a Dios le es grata «la oración de los humildes» (9,16).

La Iglesia ha recogido estos ecos. El Catecismo nombra a Judit entre las mujeres santas que «conservaron viva la esperanza de la salvación de Israel», y añade: «De ellas la figura más pura es María» (n. 64); y enseña que «la misión de María fue preparada por la misión de algunas santas mujeres», en las que Dios escogió «lo que era tenido por impotente y débil» (n. 489). Es la lectura tipológica, que reconoce en las obras de Dios en la Antigua Alianza «prefiguraciones» de lo que realizó en Cristo (n. 128), sin que el Antiguo Testamento pierda su valor propio (n. 129). San Juan Pablo II, comentando el cántico de Judit, la llamó «una de las prefi-

guraciones de María» y preguntó: «¿No se escucha un eco de las palabras de Judit cuando María, en el Magníficat, canta: "Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes"?» (audiencia del 29 de agosto de 2001).

La liturgia lo canta. En la solemnidad de la Inmaculada Concepción, una antífona de Laudes bendice a la Virgen «sobre todas las mujeres de la tierra», y la de Vísperas toma el elogio de 15,10. El Leccionario de los Estados Unidos usa la bendición de Ozías (Jdt 13,18-19 en las Biblias modernas; aquí 13,23-25) como salmo responsorial en fiestas de la Virgen como Nuestra Señora de Lourdes y de Guadalupe, con un estribillo que la llama la honra más alta de nuestra raza. En la misma mañana de la Inmaculada, la antífona del Benedictus recuerda la promesa de Gn 3,15, que la Vulgata traduce «ella quebrantará tu cabeza» (ver la nota a Gn 3,15). La bendición de Ozías a la mujer que cortó la cabeza del enemigo (13,24) y la Virgen que vence a la serpiente quedaron unidas en la memoria cristiana; pero es una lectura cristiana, no la intención del autor del libro.

Las diferencias importan tanto como los parecidos. Una figura prepara, no iguala. Judit vence con la espada y con un engaño que el propio libro nombra (16,10; en el griego, 9,10.13); María, con la fe y la obediencia: «hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). En la Vulgata el pueblo responde a la bendición de Judit «Fiat, fiat», «así sea» (13,26; 15,12); el fiat de María es su propia entrega. Y la victoria sobre el mal no es de María, sino de su Hijo, de la que ella fue la primera en beneficiarse (Catecismo, n. 411). Del mismo modo, cuando la liturgia de la Inmaculada se sirve de las palabras de Judit, no pretende que la frase «sin mancha de

pecado» (13,20) pruebe el dogma: Judit fue guardada de una mancha concreta en una noche de peligro; María fue preservada de toda mancha de pecado original desde su concepción (Catecismo, n. 491). Es una acomodación, no un argumento.

Lo que las une es la dirección de su alabanza. Aquior dice a Judit que por causa de ella «será glorificado el Dios de Israel» (13,31), y Judit empieza su discurso en Betulia diciendo «Alabad al Señor» (13,17). María comienza su cántico con «proclama mi alma la grandeza del Señor» (Lc 1,46). Las dos son gloria de su pueblo porque en ellas brilla lo que Dios hace con los humildes. El cuadro «Judit y María», al final de este capítulo, reúne los textos.

PAUSA

1. El sumo sacerdote salió de Jerusalén para ver a Judit y bendecirla. ¿Sabes reconocer y agradecer el bien que Dios hace por medio de otros?
2. Judit ofreció a Dios las armas y el mosquitero de Holofernes que el pueblo le había dado (16,23). ¿Qué haces con tus éxitos?
3. María es «la gloria de Jerusalén». ¿Qué lugar ocupa ella en tu oración?

Para orar. *Santa María, gloria de Jerusalén y honra de nuestro pueblo, enséñame a decir como tú: hágase en mí según tu palabra.*

16

El cántico de Judit

El libro termina como el paso del mar Rojo: con un cántico. Judit canta al Señor que derrota los ejércitos y cuenta en verso la invasión del asirio, sus amenazas y su caída por mano de una mujer (vv. 1-14); entona luego un himno nuevo al Dios creador (vv. 15-19) y termina con un ay contra las naciones que ataquen al pueblo de Dios (vv. 20-21). La Iglesia reza parte de este cántico en Laudes. Siguen la peregrinación a Jerusalén y las ofrendas, la larga vida de Judit, su muerte a los ciento cinco años y la paz que dejó. La Vulgata añade una fiesta de la victoria (v. 31).

El Señor que derrota los ejércitos

1 Entonces Judit cantó al Señor este cántico, diciendo:
2 Entonad las alabanzas del Señor al son de panderos [1] y
címbalos o salterios; cantad en honor suyo un nuevo y ar-
monioso salmo [2]; ensalzad e invocad su santo Nombre.
3 El Señor es el que derrota los ejércitos [3]; su nombre es
Yahvé, el Señor [4]. 4 Él asentó sus campamentos en medio
de su pueblo [5], para librarnos de las manos de todos nues-
tros enemigos.

5 Vino de los montes el asirio, por el lado del Aquilón [6],
con sus numerosas fuerzas; cuya muchedumbre secó los

arroyos, y su caballería cubrió los valles. 6 Juró abrasar
todo mi país, y pasar a cuchillo mi juventud, robarme mis
niños, y llevar esclavas las vírgenes [7]. 7 Mas el Señor todo-
poderoso lo ha castigado, y lo ha entregado en poder de
una mujer, que le ha cortado la cabeza. 8 Porque no ha sido
su campeón derribado por jóvenes guerreros, ni han sido
titanes [8], ni corpulentos gigantes los que le han hecho
frente y lo han herido, sino que es Judit, hija de Merari, la
que lo ha derribado con el atractivo de su rostro.

9 Pues se quitó el traje de viuda [9], y se vistió de gala para
llenar de júbilo a los afligidos hijos de Israel. 10 Ungió su
rostro con odoríferos perfumes, y ajustó sus rizados cabe-
llos con la cofia o bonetillo, y se puso un nuevo vestido
para engañarlo con estos adornos [10]. 11 Le arrebató los ojos
con lo gracioso de su calzado [11]; le cautivó el corazón con
la hermosura de su rostro; y le cortó la cabeza con su mis-
ma espada. 12 Se estremecieron los persas de su firmeza, y
los medos de su osadía [12]. 13 Entonces resonó con alaridos
el campamento de los asirios, cuando mis pobres conciu-
dadanos, abrasados de sed, se presentaron contra ellos.
14 Aunque hijos de madres jóvenes, acuchillaron a los asi-
rios, y los mataron sin resistencia, como a muchachos que
huyen; perecieron en la batalla, luego que apareció el Se-
ñor mi Dios.

Un himno nuevo al Creador

15 Cantemos un himno al Señor; cantémosle a nuestro Dios
un himno nuevo [13]. 16 Oh Adonai, Señor mío [14], tú eres el
grande y el muy glorioso por tu poder, y nadie puede so-
brepujarte. 17 Obedézcante todas tus criaturas, pues fue-
ron hechas con un solo decir tuyo; enviaste tu espíritu, y
fueron criadas [15]; ninguna puede resistir a tu voz. 18 Los
montes con las aguas que encierran, serán desquiciados
desde los cimientos; se derretirán las peñas en tu presen-
cia, como si fuesen cera [16]. 19 Mas aquellos que te temen,
serán grandes delante de ti [17] en todas las cosas.

20 ¡Ay de la nación que se levante contra mi pueblo!, por-
que el Señor todopoderoso ejercerá en ella su venganza, y
la visitará en el día del juicio. 21 Enviará fuego y gusanos
sobre sus carnes [18], para que se abrasen y sufran penas
eternas.

Jerusalén; la vida y la muerte de Judit

22 Después de esto, pasó todo el pueblo, conseguida la vic-
toria, a Jerusalén, a fin de adorar al Señor; e inmediata-
mente que se purificaron [19], ofrecieron todos holocaus-
tos, y cumplieron sus votos y promesas. 23 Y Judit ofreció,
por anatema de olvido [20], todas las armas y arneses de Ho-
lofernes, que el pueblo le había dado, y aquel rico cortina-
je o mosquitero que ella quitó del lecho de aquél.

[24] Entretanto, el pueblo se entregaba al regocijo a la vista del santuario, y por espacio de tres meses se celebró con Judit el gozo de esta victoria.

[25] Pasados estos días, volvió cada uno a casa; y Judit fue muy celebrada en Betulia, y era la más esclarecida de todo el país de Israel. [26] Porque a su valor juntaba la castidad; de suerte que después que falleció su marido Manasés, no conoció otro varón en toda su vida [21]. [27] En los días de fiesta salía en público, llena de gloria.

[28] Se mantuvo en la casa de su marido hasta los ciento cinco años [22]; habiendo dado la libertad a su esclava o doncella [23]. Murió al fin, y fue sepultada con su marido en Betulia. [29] Y le hizo todo el pueblo las exequias por espacio de siete días. [30] Durante toda su vida no hubo quien turbase a Israel, ni después de su muerte en muchos años. [31] El día de la fiesta de esta victoria [24] es señalado por los hebreos entre los días santos, y lo honran los judíos desde aquel tiempo hasta el presente.

¿Sabías que?

En 1716 los turcos sitiaron la isla de Corfú, posesión de Venecia, y en agosto levantaron el asedio. Para celebrar la victoria, Antonio Vivaldi compuso el oratorio *Juditha triumphans devicta Holofernis barbarie*, «Judit triunfante, vencida la barbarie de Holofernes» (RV 644), con libreto latino de Iacopo Cassetti: una alegoría en la que Judit representaba a Venecia, y Holofernes, al enemigo turco. Lo cantaron las muchachas del Ospedale della Pietà, la institución veneciana para huérfanas donde enseñaba Vivaldi, y todos los papeles, también los de Holofernes y Ozías, eran voces de mujer. La obertura se ha perdido; el resto se conserva completo, con una orquesta llena de instrumentos raros, como la viola de amor, la mandolina y los chalumeaux.

Los cánticos de victoria de la Biblia

Cántico	Cita	En la Liturgia de las Horas
Moisés y María	Éx 15,1-21	Laudes del sábado de la 1.ª semana
Débora	Jue 5	—
Ana	1 Sam 2,1-10	Laudes del miércoles de la 2.ª semana
David	2 Sam 22 (= Sal 18)	—
Tobías	Tob 13	Laudes del martes de la 1.ª semana y del viernes de la 4.ª
Judit	Jdt 16,2-21	Laudes del miércoles de la 1.ª semana (aquí 16,2-4.15-19)
Los tres jóvenes	Dn 3,57-88	Laudes de los domingos de la 1.ª y 3.ª semanas y de las fiestas
María	Lc 1,46-55	Vísperas de todos los días
Los vencedores	Ap 15,3-4	Vísperas de los viernes

Son cantos de los débiles a quienes Dios salva: los fuertes caen y los humildes se levantan. Varios piden «un cántico nuevo» (Jdt 16,2.15; Sal 96,1; Ap 5,9). La Liturgia de las Horas numera el de Judit según el griego (16,1-2.13-15). En el Apocalipsis, los vencedores cantan «el cántico de Moisés... y el cántico del Cordero» (Ap 15,3).

PARA PROFUNDIZAR

El *cántico de Judit: el Señor que quebranta las guerras*

Como el paso del mar Rojo termina con el cántico de Moisés y de María, la historia de Judit termina con un cántico. Tiene cuatro partes: una invitación a la alabanza (16,2-4), la historia cantada

(16,5-14), un himno nuevo al Creador (16,15-19) y una advertencia a las naciones (16,20-21); en las Biblias modernas, 16,1-17. Pertenece a una familia: los cánticos de Moisés y María (Éx 15), de Débora (Jue 5; ver en Jueces el ensayo «El cántico de Débora»), de Ana (1 Sam 2), de David (2 Sam 22) y, al final, el Magníficat (Lc 1,46-55). Todos celebran la misma inversión: caen los fuertes y se levantan los débiles (ver el cuadro «Los cánticos de victoria de la Biblia»).

Su primera confesión es la más famosa: «El Señor es el que derrota los ejércitos» (16,3). La Vulgata dice «el Señor que quebranta las guerras», y el griego, syntríbon polémus, la expresión con que la Biblia griega había traducido Éx 15,3, donde el hebreo llama a Dios «guerrero». La frase admite dos lecturas: Dios destroza a los ejércitos enemigos, y Dios pone fin a la guerra misma, como en el salmo: «hace cesar las guerras... quiebra el arco, rompe la lanza» (Sal 46,10; ver Is 2,4). Juan Pablo II se quedó con la segunda: la expresión «define el auténtico rostro de Dios, amante de la paz». Frente a Nabucodonosor, que hacía la guerra para ser adorado, el Dios de Judit es el que acaba con ella.

La historia cantada repite el relato con otra luz. El asirio baja del norte con ejércitos que secan los arroyos y amenaza con el fuego y la esclavitud (16,5-6); pero no lo vencen jóvenes ni titanes, sino «Judit, hija de Merari» (16,8). El cántico no oculta los medios: el perfume, el vestido, las sandalias, y el fin, «para engañarlo» (16,10); el lector ya conoce la discusión moral (ensayo del capítulo 11). Llama a los vencedores «mis pobres», humiles mei, «mis humildes» (16,13), y nombra a persas y medos (16,12). Juan

Pablo II escuchaba aquí el Magníficat: Dios «derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes» (Lc 1,52).

La segunda parte se eleva del suceso al Creador. Judit invoca a Dios con el título de Adonai (16,16), canta la creación por la palabra y por el espíritu (16,17; Gn 1; Sal 33,6.9; 104,30; Catecismo, n. 292), los montes que se derriten como cera (16,18) y la grandeza de los que temen a Dios (16,19). El griego añade que todo sacrificio es poca cosa comparado con el temor del Señor (16,16 del griego), como enseñan los salmos (Sal 51,18-19). El Papa subrayaba que este cántico de victoria «no quiere infundir temor, sino consolar»: el poder del Creador está al servicio de los que se fían de él.

El final es duro: un ay contra las naciones que ataquen al pueblo de Dios, con el fuego y los gusanos de Isaías (16,20-21; Is 66,24), que Jesús aplica a la gehenna (Mc 9,48). No hay que suavizarlo ni hacerlo programa. La Comisión Bíblica recuerda que en estas oraciones el creyente confía a Dios la tarea de hacer justicia y renuncia a la venganza personal (2014, n. 130), y que la liturgia, prudentemente, omite los versos que podrían escandalizar (n. 125): las Laudes terminan antes de este final. Los cristianos lo han leído del juicio en el que Dios vencerá definitivamente el mal.

Así entra el cántico en la oración de la Iglesia. Cada miércoles de la primera semana del salterio, Laudes canta con Judit al Dios grande y glorioso (aquí 16,2-4 y 16,15-19), como canta otros días con Moisés, con Ana o con Tobías, y cada tarde, con María, el Magníficat. El libro termina con una mujer que no se apropia la

victoria, sino que la convierte en un himno nuevo; y el Apocalipsis cantará un día el cántico nuevo de los redimidos (Ap 5,9; 15,3-4).

PAUSA

1. Judit convirtió su victoria en un cántico. ¿Qué acontecimiento de tu vida podrías convertir en acción de gracias?
2. «Los que te temen serán grandes delante de ti». ¿Ante quién quieres ser grande tú?
3. Al final de su vida, Judit dio la libertad a su criada y repartió sus bienes. ¿Qué te gustaría dejar a los demás al final de tu camino?

Para orar. *Señor, que quebrantas las guerras, haz de mi vida un cántico nuevo para ti.*

Repaso

Preguntas para comprobar lo aprendido. Responde primero de memoria y luego toca el número para ver la respuesta.

Capítulos 1 a 3

1. ¿Qué ciudad edificó Arfaxad, rey de los medos, y cómo era? 1
2. ¿Cómo trataron las naciones a los embajadores de Nabucodonosor, y qué hizo él? 2
3. ¿Qué orden dio Nabucodonosor a Holofernes sobre los reinos de occidente? 3
4. ¿Con qué compara el texto al ejército de Holofernes en marcha? 4
5. ¿Qué ofrecieron a Holofernes los embajadores de los pueblos? 5
6. ¿Por qué destruía Holofernes los dioses de los pueblos? 6

Capítulos 4 a 5

1. ¿Qué mandó el sumo sacerdote Eliaquim a los que vivían hacia Esdrelón? 1

2. ¿Con qué ejemplo animó Eliaquim al pueblo a perseverar en la oración? [2]

3. ¿Quién respondió a Holofernes cuando preguntó qué pueblo era el de los montes? [3]

4. ¿Qué regla dio Aquior sobre la suerte de Israel? [4]

Capítulos 6 a 7

1. ¿Qué hizo Holofernes con Aquior por haber defendido a Israel? [1]

2. ¿Quiénes gobernaban Betulia según este capítulo? [2]

3. ¿Qué pidió el pueblo a Dios después de oír a Aquior? [3]

4. ¿Qué consejo dieron los amonitas y los moabitas a Holofernes? [4]

5. ¿Cuánto duró la guardia de los manantiales hasta que se agotaron las cisternas? [5]

6. ¿Qué propuso Ozías al pueblo sediento? [6]

Capítulo 8

1. ¿Cuánto tiempo llevaba Judit viuda, y cómo vivía? [1]

2. ¿Qué reprochó Judit a los ancianos? [2]

3. ¿A quiénes puso Judit como ejemplo de fidelidad en la prueba? 3

4. ¿Qué pidió Judit a los ancianos antes de salir de la ciudad? 4

Capítulos 9 a 10

1. ¿A qué antepasado invoca Judit al comenzar su oración? 1

2. ¿Qué pide Judit que suceda con la cabeza del soberbio? 2

3. ¿Qué oración dice Judit que siempre ha sido grata a Dios? 3

4. ¿Qué añadió el Señor a Judit, según la Vulgata, y por qué? 4

5. ¿Qué respondieron todos a la bendición de los ancianos? 5

6. ¿Qué dijo Judit a los centinelas que iba a hacer? 6

Capítulos 11 a 12

1. ¿Qué pecado atribuye Judit a su pueblo ante Holofernes? 1

2. ¿Qué promete Holofernes si el Dios de Judit cumple lo que ella anuncia? 2
3. ¿Por qué no quiso Judit comer de lo que le ofrecía Holofernes? 3
4. ¿Qué hacía Judit cada noche durante los tres días? 4

Capítulos 13 a 14

1. ¿Con qué arma cortó Judit la cabeza de Holofernes? 1
2. ¿Qué hizo Judit antes de golpear? 2
3. ¿Con qué palabras bendijo Ozías a Judit? 3
4. ¿Qué hizo Aquior al ver el prodigio que Dios había obrado? 4
5. ¿Qué gritó Vagao al descubrir el cuerpo de Holofernes? 5

Capítulos 15 a 16

1. ¿Quién vino de Jerusalén a Betulia para ver a Judit? 1
2. ¿Qué elogio de Judit canta la liturgia de la Virgen María? 2
3. ¿Cómo llama Judit al Señor al comenzar su cántico? 3

4. ¿Qué hizo Judit con las armas y el mosquitero de Holofernes? 4

5. ¿Cuántos años vivió Judit y qué hizo antes de morir? 5

Notas personales

Sobre esta edición

Si las notas no se abren

Las notas son comentarios estándar de PDF, las mismas «notas adhesivas» que crean Adobe Acrobat y otros programas. La mayoría de los lectores las abren al tocar el número. Si el tuyo pasa de página en lugar de abrirlas, toca justo sobre el recuadro gris o prueba una pulsación larga, y busca el panel de anotaciones del lector, donde suelen aparecer en lista. Xodo y Adobe Acrobat Reader para Android las abren con un toque.

Texto y notas

Texto bíblico: Sagrada Biblia, traducción de Félix Torres Amat (1823-1825), de dominio público, según la transcripción digital difundida en línea. Se corrigieron erratas evidentes de esa transcripción (puntuación, acentos, palabras cortadas o unidas y algunas palabras perdidas o cambiadas, cotejadas con la edición de 1824: el pueblo de Betulia oró toda la noche «dentro de la iglesia», es decir, de la asamblea (6,21); los enemigos querían derribar «el cornijal o la gloria» del altar (9,11); a los centinelas asirios «se les leía en los ojos el pasmo» (10,14); Judit jura que no se le acabarán las provisiones antes que Dios cumpla por su medio «lo que he pensado», no «lo que ha pensado» (12,4); y se ha quitado una abreviatura, «Jdt», que se había colado en el texto de 13,28). Los títulos de las secciones no forman parte del texto bíblico.

El libro de Judit no se conserva en hebreo. Nos ha llegado en griego, y san Jerónimo lo tradujo al latín desde un texto arameo; su traducción, la Vulgata, que es la que sigue Torres Amat, es más

breve que el griego, ordena algunos pasajes de otro modo y tiene otros propios. Por eso la numeración de esta edición, que es la de la Vulgata y la de la edición de 1824, difiere mucho de la de las Biblias modernas, que traducen el griego: el griego tiene 340 versículos y esta edición 346. En el capítulo 4, la edición de 1824, en castellano y en el latín que imprime debajo, divide en dos (4,5-6) un versículo que otras ediciones de la Vulgata y la Biblia de Douay cuentan como uno solo (4,5), y desde 4,7 va un número por delante de ellas. Correspondencias principales con el griego, que son también las de la Neovulgata, el Leccionario y la Liturgia de las Horas: el cántico de Judit, 16,2-21, es 16,1-17; la bendición de Ozías, 13,23-25, es 13,18-20; «Tú eres la gloria de Jerusalén», 15,10, es 15,9; la oración de Judit, 9,2-19, es 9,2-14; el homenaje y la conversión de Aquior, 13,27-31 y 14,6, están en el griego en 14,5-10; y no tienen equivalente en el griego, entre otros, 10,4 y 16,31, ni el elogio de la castidad de Judit en 15,11. El cuadro del capítulo 1 da una tabla más completa. La transcripción digital reservaba números vacíos para versículos del griego que la Vulgata no tiene (1,13-16; 2,19-28; 7,26-32; 8,35-36; 10,21-23; 11,22-23; 14,19); no se imprimen. No falta ningún versículo de la Vulgata, pero la transcripción había perdido o cambiado palabras en 6,21, 9,11, 10,14 y 12,4, que se han recuperado de la edición de 1824, y se le había colado una abreviatura en 13,28. Las referencias a otros libros siguen la numeración moderna: en los Salmos, Torres Amat suele ir un número por detrás.

Notas, introducciones, cuadros y preguntas: preparados para esta edición. Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica remiten a sus números.

Tipografía: Literata y Noto Serif Hebrew (licencia OFL). Página de 114 × 152 mm, proporción 3:4, para lectores Boox.